

EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



SUSCRICION PARA ESPAÑA.

MADRID. ... Un año, 120 rs. — Tres meses, 32 rs. — Un mes, 12 rs.
PROVINCIAS. ... 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.
 Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,
 y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de
 D. Francisco de P. Mellado.

4^{er} Año. N^o 44. — Abril 19 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas a los dibujos y a la redacción se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ, calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscriptores de España y América, a los Sres. A. Laplace y C^a, calle de St. André des Arts, 47.

SUSCRICION PARA AMÉRICA.

ATLANTICO. Un año, 50 fr. (10 ps.). — Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).
PACIFICO. ... 55 » (11 ps.). — 30 fr. (6 p. »)

Se suscribe en París, calle St. André des Arts, 47.
 PARA LA EUROPA, A ESCEPCION DE LA ESPAÑA.

Un año, 32 fr. — Un número suelto 1 fr.
 Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.

SUMARIO.

TEXTO. — Correo de París, por JULIO LECOMTE. — Niza y Mónaco, por LEO BERNARD. — La misa de Pascua en San Pedro de Roma, por PIETRO ZAMPIERI. — Correspondencia de España, por C. YRIARTE. — Crónica científica por C. A. MARTIN. — Correspondencia de China. — La lectura de un periódico en Roma, por JOSÉ DOU-

CET. — París desconocido, por GOURDON. — Impresiones de viajes: el teatro de Naum en Constantinopla, por CAROLUS. — Los Moccoti, por M. GIERDZIEJEWSKI. — Apertura del parlamento italiano en Turin. — M. Liouville.

GRABADOS. — Aspecto de la plaza de las casas consistoriales de Cap-Town. — Vista gral. de Mónaco. — Vista gral. de Niza. — S. S.

el Papa celebrando la misa el día de Pascua. — Cercanías de Cap-Town: Habitación de John Herskell: habitación de M. Kloot. — Vista gral. de Cap-Town. — La lectura del diario en Roma. — Los Moccoti. — Modas de Longchamp. — Decoraciones de la plaza del Castillo en Turin. — M. Liouville, decano del colegio de Abogados.



Aspecto de la plaza de las Casas Consistoriales de Cap-Town (Cabo de Buena-Esperanza), durante la estadia de la Dryade.

CRONICA DE PARIS.

Referia la otra noche, en casa de Rosini, un joven artista francés recién llegado de Italia un hecho bastante curioso.

Dos años hacia que estudiaba el canto en Milan, y disponiase ya á estrenarse en no sé qué feria célebre, — Sorésina ó Sinigaglia, — cuando hé aquí que una mañana preséntase un *signor* en su casa:

« — He oido decir que íbais á inaugurar dentro de poco vuestro papel de barítono?

« — Es cierto.

« — Conservais vuestro nombre francés, para cantar en italiano?

« — No...

« — Habeis elegido un nombre de guerra?

« — No de un modo decisivo...

« — Entonces, tengo que haceros una proposicion, acerca de la eleccion de este nombre.

« — Veamos, qué proposicion?

Establecidos estos preliminares, el *signor* saca de su bolsillo cuatro grandes rollos de papel y los coloca sobre la mesa. Cada cual llevaba un rótulo; en uno se leía:

« ARNOLDI. »

En otro:

« RAIMONDI. »

En otro:

« ALBERTI. »

En el último:

« BRAMANTI. »

« — Estos nombres que estais mirando, sin comprender aun, — dijo el quidam, — son los de cuatro barítonos á quienes conoceis tal vez?

« — Sí, en efecto... he leído muchas veces estos nombres en los periódicos de teatro... son artistas que gozan ya de cierta reputacion...

« — Precisamente! Veo con gusto que los seguís en su carrera... tal vez aun los habíais envidiado...

« — Si he de ser franco, os diré que tendria sumo placer en salir pronto de la oscuridad!

« — No es verdad? Pues bien, yo soy el hombre que necesitáis... ó mas bien—hé aquí los hombres que necesitáis!

« — No comprendo...

« — Vais á comprender. Procedamos por orden. Una palabra sobre cada uno de estos cantantes. Hé aquí el rollo *Arnoldi*. Arnoldi es conocido por su bella voz y su buen talante; canta á las mil maravillas el *buffo* y el *serio*: *Don Pascuale* y el *Giuramento*. — Veamos ahora á Raimondi; tiene mucha pasion y da el *sol* de pecho *di slancio* ó en *appoggiatura*. Su triunfo es el *Bravo* de Mercadante. — Alberti, que vocaliza como una flauta, ha sido llamado á las tablas catorce veces, el mes pasado, en la *Semiramis*. — Finalmente, hé aquí el lote de Bramanti, excelente actor, buen mozo, canta sobre *mi, fa, sol*, agudos, lo que es raro en los barítonos, pues la mayor parte de ellos no dan estas notas extremas sino gritando firme. Segun lo que me han dicho de vuestra voz y segun lo que veo de vuestra persona, creo que teneis mucha analogía con Bramanti...

« — Pero, en fin, qué quereis decir con esto?

« — Vais á verlo. Decimos pues que mis cuatro barítonos son conocidos... que Bramanti en particular es ya casi célebre, habiendo sido llamado á las tablas, como os decia, catorce veces...

« — En dónde?

« — Ah! ahí está el busilis! Preguntais en dónde? Pues bien... nadie lo sabe! nadie puede aberlo! Ya es tiempo de decíroslo todo, mi

buen señor: Alberti, Raimondi, Arnoldi y Bramanti — no han existido nunca...

« — Cómo?... Pero si yo he leído...

« — No importa! son verdaderos mytos, nombres inventados, barítonos imaginarios, aunque muy conocidos; nombradías de mi invencion. Trátase ahora de encarnar estos seres fantásticos! vengo pues á ofreceros que admitais á uno de ellos en vuestra piel. Tres años hace ya, *caro signore*, que habiéndolos sacado resueltamente de la nada, estoy tamizando y alambicando sus nombres en público, proclamando sus triunfos en todas las óperas conocidas... pero dejando siempre vago, en hábiles perifrasis, el nombre de las localidades donde con tanto delirio se los aplaude. Tengo á mi disposicion tres periódicos en los cuales fomento la gloria progresiva de quince tenores, barítonos, y *prime donne* apócrifos, cuyos nombres ha conocido el público, de buen ó mal grado, aceptando á mis nacientes celebridades. Ah! se los puede nombrar en el teatro, en el café, en el corso... siempre habrá allí alguno que responda: « Oh! sí... fulano... Le conozco! » Y como necedad y vanidad se hallan distribuidas con tanta profusion en la tierra, nunca falta algun bobalicon dispuesto á afirmar que ha oido — en dónde? poco importa! cuándo? no hace al caso! — sea al tenor Cocardoní, al barítono Senzafiatto, ó á la diva Codacavalli!

« — Cómo... hablais formalmente?

« — Sí, señor, y aquí tengo las pruebas! — dijo el tino, poniendo la mano sobre sus rollos. — Hé aquí ahora el uso que hago de mi invencion.

« — Luego que llega algun extranjero que quiere entrar en carrera, voy á verle y le presento el archivo que encierra la hoja de servicios de cada uno de mis artistas de paja. Supongo que sois vos, y que os llamais Morel: en vez de italianizaros en *Morelli*, y de pasar tres ó cuatro años en daros á conocer, tomáis... por ejemplo, el nombre de *Alberti*! Seguramente Alberti no ha sido oido nunca por nadie, pero no por eso deja él de ser muy conocido! Pues bien, hé aquí su hoja de servicios... vais á ver lo que, — desde hace tres años que yo le he inventado, revelado y popularizado, — he escrito sobre este valiente artista. Ved, leed, caballero! »

Y diciendo esto, el quidam abrió uno de sus rollos y estendió á los ojos del Francés unos cien periódicos que proclamaban, en párrafos sueltos ó entre-filetes, á veces tambien en folletines muy detallados, los progresos del barítono *Alberti*, progresos que comprobaban al fin su gloria inmaculada! En la última ciudad donde cantó (! búscala!), Alberti fué tan aplaudido en el *Hernani*, que en la noche de su última representacion se le dió una serenata... sí, caballero, una serenata! Y aun le arrojaron versos, que comenzaban con este apóstrofe, como comienzan de ordinario todos los versos dirigidos á los cantantes:

O tu che... etc. (oh tú que... etc.)

« — Ya veis, caballero, que si elegís por ejemplo el nombre de *Alberti*, os asimilais un artista cuya reputacion está formada y acreditada en toda la Italia, lo que equivale á tanto como si tres años há estuviéseis ya recogiendo los aplausos en todas partes y aun versos abundantes de públicos diferentes y variados! Preferís á *Bramanti*? repútese como un buen mozo... y esto os corresponde perfectamente! Si dais el *sol* agudo de un modo neto y fácil, tomad mas bien al nombre de *Raimondi*. Pero no debo ocultaros que Alberti es el mas *maduro* de los cuatro... y aun ha sido solicitado varias veces á los corresponsales de teatro, encargados de suministrar cantantes. Como ya es tiempo de que le coloque, pues está á punto, en *sazon*, y va á co-

menzar á inquietarme (los informes sobre él pueden llegar á ser tan apremiantes como embarozosos!), os le cedo por poco precio, y, si no le quereis, me veré obligado á matarle en alguna parte... y á pronunciar su oracion fúnebre. En efecto, el abuso puede descubrir mi artificio... y es preciso que yo coloque el mayor número de veces posible á alguno de mis entes imaginarios sobre carne y hueso, á fin de desvanecer toda sospecha acerca de los que, á falta de encarnacion, vagan en el limbo de los *reclamos* y de lo impalpable. Luego esto es lo que os conviene, es decir, Alberti. Os le cedo por el ínfimo precio de 500 swanzigers... Desembarazadme de él! Alberti! bonito nombre, por una cantidad tan pequeña! y despues es ya tan conocido! Tomadle, grabadle en una tarjeta, y presentaos en la redaccion de un periódico; allí os dirán que tienen el mayor gusto en veros, que os conocen ya de reputacion perfectamente, y os calificarán de *egregio* y aun de *esimio*! Vamos, puedo anunciar por fin en uno de los periódicos que tengo á mi disposicion, que el excelente barítono Alberti se halla vacante y libre de contrata en este momento? Veréis cómo llueven los ofertas! Al dia siguiente se podrá ya poner con todas sus letras el nombre de una ciudad al lado del de Alberti... Será la primera vez que se mostrará uno exacto y verídico! En una palabra, caballero, aquí teneis una celebridad anterior por 500 libras milanesas. Es casi dado; quereis ser Alberti?

« — Eché á la calle al *empresario de nombres*, — dijo el artista, — y me propuse dar á conocer al público esta invencion del mas descarado y del mas burlesco charlatanismo...

A la muerte de Talma, los amigos, los admiradores del trágico ilustre abrieron una suscripcion para erigirle una estatua de mármol en su tumba. David (d'Angers) recibió el encargo de la obra segun modelo aprobado por la comision. Pero la estatua estuvo mas pronto lista que la suma necesaria para pagarla, y la suscripcion no produjo mas que 48,000 rs., por los que se suscribió generosamente la comedia francesa. Así es, que el célebre escultor creyó justo ofrecer la obra que á tanto precio emprendió á los actores cuya suscripcion le habia al menos indemnizado del mármol y de algunos trabajos de práctica.

Con satisfaccion recibió el Teatro-Francés la estatua y colocóla bajo su peristilo, á la izquierda de Voltaire. Pero no es inoportuno tampoco decir ahora por qué medio, no menos indirecto, el mismo Voltaire vino á tener entrada entre nuestros célebres actores.

La sobrina de Voltaire, M^{me} Alignot-Denis, habia encargado una estatua de su tio á Houdon, el mas ilustre cincel de su tiempo. Destinábala á la Academia, que se apresuró á disponer un sitio en que recibir la obra maestra. Entre tanto M^{me} Denis, á pesar de su edad concienzuda y fria de setenta años, tuvo el pensamiento extremo, *in extremis*, de enlazarse en segundas nupcias con un antiguo dragon (nada menos la era necesario), llamado Duviervier. La Academia consideró este ridículo enlace como un insulto á los manes de Voltaire, como una especie de *adulterio espiritual* (empleóse esta espresion), y llovieron pullas sobre ella, á quien por fuerza debian desagradar. D'Alembert se manifestó mas particularmente enconado con la viuda y su dragon, y arrastró á una completa ruptura con la loca heredera de Voltaire á todos los amigos que el ilustre académico dejara dentro y fuera del palacio Mazarino.

Duraba todavía la indignacion cuando Houdon tenia terminada ya su obra. La ex-madama Denis, sabiendo que la Academia habia dispuesto un nicho en la sala de sesiones para recibir la estatua, quiso tomar venganza de las pullas presentando nicho por nicho (*niche*, nicho, jugarreta, retruécano de estas dos acep-

ciones). La jugarreta de la novia septuagenaria consistió en privar á la Academia de la estatua para ofrecerla á la comedia francesa. Como fácilmente se comprende, ésta aceptó el obsequio con suma satisfaccion y por eso se ve todos los dias esa grande obra sentada en medio del vestibulo del teatro, desde donde parece que mira con tono burlon á los curiosos que concurren á ver las producciones del dia. No le pesó á Houdon este nuevo destino que colocaba su obra en paraje mas público. Pero debe creerse que si el célebre escultor hubiera podido prever este cambio, habria dado á su héroe otro continente mas noble, mas teatral.

Houdon aprovechaba cuanto lo permitian sus trabajos y mas tarde su mucha edad, el derecho de libre entrada que los actores le habian concedido gratuitamente. Presentóse una noche en el teatro despues de una larga ausencia. Nadie le conoció en el despacho. Así es que al entrar le exigieron su nombre.

— Qué, amigo ¿ya no me conocéis? — dijo, señalando la estatua del peristilo. Soy el padre de aquel.

Entonces el empleado de las contraseñas anunció:

« El padre del señor Voltaire ! »

Volvamos á la estatua de Talma, colocada á la izquierda, del glorioso hijo marmóreo de Houdon.

M. Vedel, director á la sazón del Teatro Francés, cree que se necesita otra estatua para que forme simetría á la obra de David (d'Angers) y pide un Lekain á Dantan, el mayor. Hácese un ensayo en yeso que se encuentra demasiado voluminoso, cuesta 12,000 reales y aparece roto poco despues, en 1847, cuando se restauró la sala. Faltando la estatua simétrica de Talma, quítase ésta con intencion de colocarla sobre un sepulcro en el cementerio del P. Lachaise, y en tanto esto se realiza, se la deja depositada provisionalmente en una de las galerías inmediatas á las cocheras del Palacio Real. La vé allí un arquitecto titular, piensa sin duda que es propiedad del Estado, hace borrar los títulos de las tragedias inscritas en un rollo de pergamino, segun el estilo griego, y el mármol se traslada al jardin de Tullerías, bajo las ventanas del pabellon de Flora, ostentándose con la inscripcion de Manlio ó de Scila.

Cruzan por allí los actores franceses, reconocen la estatua, se asombran, reclaman. Entre los que podian tomar mayor interés en la cuestion, el mas vehemente es M. Viennet que habia tenido un *Clovis* representado por Talma, borrado tambien! Oyense las reclamaciones, la estatua permanece poco tiempo bajo las ventanas imperiales: el Scila, el Manlio desaparecen: Talma será restaurado! Dícese que la estatua de David (d'Angers) se colocará en la nueva decoracion del Teatro Francés en la fachada de la calle de Saint-Honoré, á cuyos trabajos se dará principio el próximo verano. Todos quedarán así satisfechos y M. Viennet verá de nuevo brillar el título de Clovis en el tronco que sirve de apoyo al ilustre trágico revestido de emperador romano. M. Viennet, mas anciano hoy que lo fueron Voltaire y Houdon mismo, presenta bastante vida y lozanía para ver cumplidos estos bellos proyectos y la restauración de su Clovis prestará nuevo esplendor á su nombre.

Los periódicos dedicados á anunciar matrimonios confundian, há poco, entre la multitud sin nombre, el de la señorita Edila Rav... con M. Carlos Puy...

Este enlace merece una mencion especial, porque no tiene ejemplo.

Hace tres meses, M^{me} Rav... su hija Edila y el novio de ésta (el cual no es el esposo de hoy, y como el papel que desempeñó en esta historia es la causa de su repudio, nos contentaremos con llamarle... *Lelievre*), las damas y el caballero, decimos, estaban en un

coche y dirigíanse al barrio de San Antonio para elegir los muebles de la nueva casa. Al llegar á la plaza de la Bastilla atáscanse entre coches, carros, ómnibus, carretas y trábase una riña entre un hombre de blusa y gorra y el cochero que conduce á estas señoras. Este es arrancado á su pescante, tendido en el barro, sacudido y maltratado violentamente por el tuno aparecido, sin saber por donde. M^{me} Rav... llena de indignacion y asustada á la vez, no pudo menos de dirigir sus amonestaciones al pillastron que hollando bajo sus piés al pobre cochero, demasiado anciano para defenderse, vomitó mil innobles denuestos contra las señoras del coche... Lelievre lo vé y oye todo, y sin embargo permanece impasible, disimulando mal su emocion. Edila, que estraña no hallar socorro, ayuda en el que debe ser su esposo, lo comprende, lo juzga todo con una mirada... sintió repentinamente estremerse todo su corazon!

Convencida de la actitud deplorable de su futuro, vuelve á fijarse en la escena violenta del cochero, y ¿que vé? Un jóven de buen aspecto, que se lanza del ómnibus detenido con la reyerta, y cae sobre el gañan que insultaba á las señoras Rav... Mientras que personas oficiosas levantan al cochero maltratado, el jóven ase al agresor, le hace ceder, le arroja al suelo á impulsos de un diluvio de puñadas que caen y se precipitan como el granizo del último mes de marzo. Ya el miserable pide gracia y aun el jóven continúa mas y mas en su terrible castigo y sólo cesa cuando le tiene tendido á sus piés. El jóven dice entonces:

« — Pide perdon, infame, á esas señoras; pide perdon á ese pobre anciano á quien cobardemente has arrancado de su pesante sin que te hubiese dado la menor causa para ello porque lo he visto todo.

Levántase el pillete molido, estropeado, de rodillas y esclama: Perdon! — Llévanle en seguida los agentes de policía, no sin preguntar antes al vengador, ya vuelto al ómnibus, su nombre necesario á las eventualidades de la accion correccional.

Poco despues sigue su camino cada carruaje y las señoras Rav... cambian el suyo. Pero ya no se dirigen al barrio de S. Antonio. La señorita Edila ruega á su madre, conmovida con la escena violenta, que dejen para otra dia las compras.

Hay necesidad de decir lo que sin duda adivina el lector, en cuya alma dejan su correspondiente huella el desprecio á la cobardía y el prestigio del valor? Edila declaró á su madre que la escena del coche y el terror que habia visto retratarse en las facciones de M. Lelievre la habian inspirado una repugnancia repentina é invencible hácia él. El enlace queda roto, por consecuencia.

No se adivina tambien el complemento de de esta historia?

La señorita Edila Rav... tenia un tio á quien confió la preocupacion de su espíritu y el sentimiento de su corazon. Dió el tio pasos en la policía que habia recibido el informe de la conabida reyerta, y obtuvo allí y en otras partes todas las noticias apetecibles del héroe de la aventura. M. Carlos Puy..., hijo de un gefe de batallon retirado, era un buen muchacho, apuesto en su persona, inteligente, laborioso, empleado en una fábrica de gas como ingeniero civil. Tenia un sueldo de diez y seis mil reales por año, con los que en parte venia en socorro al escaso retiro de su anciano padre. La señorita Edila hizo que le presentasen á su madre para darle las gracias. Volviéronse á ver, se conocieron, se estimaron. En resumen, la otra semana se celebró su matrimonio. La fortuna presente y futura de la jóven desposada, es próximamente de dos millones y pico de reales. — Pobre Lelievre!

M. Bochet, antiguo administrador de los dominios de la Corona, uno de los directores, casi ministro durante la República, el

mismo á quien el primer cónsul encargó que reorganizara toda la administracion de los dominios de Italia, fué abuelo materno de dos hombres célebres en las letras francesas: Paul Lacroix (el bibliófilo Jacob), benedictino del siglo XIX, que ha escrito tantos libros admirables, mas que suficientes para formar á diez académicos! — y Jules Lacroix, el autor aclamado del *Testamento de César*, y el traductor, premiado por el Instituto, de las *Odas de Horacio* y de las *Sátiras de Juvenal y de Persio*. M. Bochet habia comprado de segunda ó tercera mano una casa sita hácia la mitad de los números pares de la Chaussée-d'Antin, y la habitaba tranquilamente en tiempo de la Restauracion, cuando se le anuncia una mañana una señora que se ha negado á decir su nombre. La hace entrar; y ella le dice:

— Caballero, quiere usted vender su casa?

— Vender mi casa, señora y por qué?

— Porque ha pertenecido antaño á mi familia... y porque mi padre al salir de Francia en 1792, ha enterrado en ella gran parte de su fortuna... y deseo mucho tomar posesion de ésta.

Pues bien, señora... tome usted su tesoro... pero déjeme mi casa!

— Caballero... no ignoro que parte de este tesoro le pertenece á usted, segun la ley...

— Señora... no me pertenece nada segun mi conciencia!

— Cómo! caballero, podria yo escavar, recobrar?...

Escavad, recobrad, señora! Procurad solamente volver á poner las cosas en el estado en que se encuentran!

— Ah! caballero...

— No hay de qué, señora.

Las dos personas se saludan, aquella se retira.

El dia siguiente, la señora que, en la tarde anterior, habia probado su identidad y sus derechos hereditarios, se presenta con algunos obreros. M. Bochet tiene la mas viva curiosidad por ver detrás de qué artesonado se va á desalojar el tesoro! Pero á la cueva es á donde se dirigen. Allí es derribada una pared y aparece una bóveda ignorada. La luz se apaga en el aire corrompido y espeso de este calabozo. La señora (omitimos su nombre, muy encumbrado hoy), palpitante, ansiosa, espera las linternas que deben justificar sus esperanzas... Vuelven con luces, penetran en la bóveda: hállanse allí unos cofres... los abren; contienen cerca de dos millones en monedas del reinado de Luis XVI, y en joyas sepultadas desde los últimos bailes de la corte!

La ley otorgaba 600 ó 700,000 francos al abuelo de nuestros dos escritores. La alta probidad de M. Bochet los ha privado de esta herencia. La gloria les ha devuelto este oro? Ay! el mayor tesoro de erudicion vale apenas el mas pequeño tesoro desenterrado!

JULES LECOMTE.

LE MONDE ILLUSTRÉ, fundado en abril de 1857, cuenta hoy cerca de tres años de existencia. Esta publicacion es una verdadera historia de los tres últimos años. La guerra de Italia, la de Marruecos, los principales episodios que han acaecido durante ese período, se hallan fielmente reproducidos en grabados debidos al lápiz y al buril de los principales artistas franceses.

El precio de esta coleccion (5 volúmenes), desde abril de 1857 hasta el 1º de enero de 1860, es

En Paris. 61 fr. (240 rs.)

En España. 72 — (280 —)

En la América del Sud. . . 110 — (21 ps. fts.)

Las personas que desearan procurarse esta interesante coleccion deberán enviar su valor en letra sobre cualquiera plaza de Europa, á la órden del *Directeur du MONDE ILLUSTRÉ*, 15, rue Bréda, à Paris.

NIZA Y MONACO.

Bajo un cielo monótono,
Tan limpio es y tan puro,

como diría Reboul, poeta de Nîmes; perezosamente reclinada á los piés de las últimas vertientes de los Alpes, Niza, la ciudad de las flores y del sol, refleja en las ondas azules y de lápis-lázuli del Mediterráneo las decoraciones es-trañas y atrevidas de sus blancas casas y sus azoteas graciosamente contorneadas.

Nuestro número de hoy re-presenta un panorama com-pleto de Niza, patria de Cassi-ni y de Massena.

En esta pequeña ciudad tran-quila y melodiosa, bajo un sol vivificador que, aun en el mes de diciembre, destila una pri-mavera tibia y embalsamada, á orillas de ese mar que nun-ca se embravece, y cuyas on-das, plegadas apenas por la brisa, murmuran día y noche

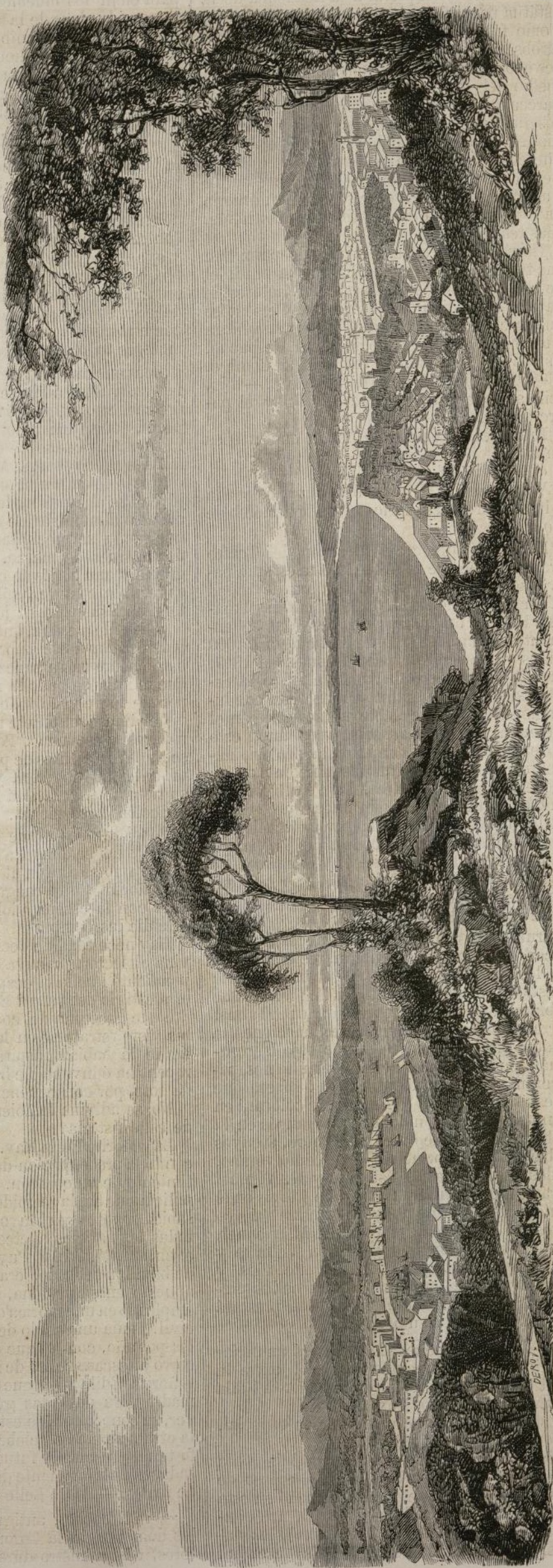


Vista general de Mónaco, segun el dibujo de M. Sutter.

su canto melancólico, en me-dio de los embriagantes olores de las rosas y de los naranjos, todo respira en las playas del Paglion la dicha y el *far niente*.

Harto bien dotada por la na-turaleza, Niza ha pedido muy poco al arte. La construcción de un monumento habría cos-tado en demasia á su poética indolencia. Un ruinoso vesti-gio de la edad-media, el cas-tillo, cuyos restos coronan el paseo de las Ponchettes y con-tra cuyas murallas fué á es-trellarse la audáz rapacidad de Barbaroja, revelan sin em-bargo la antigua energía de los Nizeuses.

¿Han desmerecido estos hoy por ventura, porque en mate-ria de edificios el *turista* insa-ciable no encuentra en su ca-mino mas que la iglesia de *Santa Reparata* y el teatro? ¿Se dirá que Niza, enervada por su clima irresistible, sólo



Vista general de Niza, segun el croquis de M. Deroy.



Su Santidad celebrando la misa, el día de Pascua, en la iglesia de San Pedro, según un cuadro de M. de Coubertin.

tiene fuerzas para orar y divertirse? ¿Qué su pueblo, al hablar el dialecto *nizardo*, no ha tenido siquiera valor para apropiarse francamente la lengua del uno ú del otro de los países limítrofes?

Que sólo el que vive bajo un cielo inclemente, en una atmósfera cubierta por espesas nieblas, en donde la bramadora tempestad azota los empujados riscos, en donde el viento no sacude mas que las descarnadas ramas de las encinas y de los pinos, que aquel para quien los febriles ardores de un trabajo incesante son una necesidad, que aquel finalmente, cuyo corazón se halla envuelto en triple capa de bronce, arroje la piedra á esta Magdalena de las riberas del mar Tyrrheno que no ha aprendido otra cosa que á dejarse mecer y á deslizarse su vida. Pero... cuidado! que esa lánguida Armida podría ahogarle un día bajo una lluvia de rosas.

Qué Vándalo no sentiría apaciguarse su cólera ante esas graciosas legiones de señoras que vienen de todos los países del Norte á respirar, sobre el *Terrado* y en el camino de los *Inglese*s, la fragancia del olivo y del laurel?

A tres leguas, escasas, de dicho punto, en una península, y asentada sobre una roca que se adelanta en el mar, elévase la pequeña capital del mas diminuto principado del mundo, es decir, la ciudad de Mónaco.

Simple Señorío en el siglo décimo, bajo la dominación de los Grimaldi, una de las cuatro familias de la alta nobleza de Génova, Mónaco no llegó á ser principado hasta el siglo diez y seis. Honorato II le colocó bajo la protección de la Francia, la cual le cedió el ducado de Valentinois y otros feudos importantes.

Luisa Hipólita de Grimaldi, duquesa de Valentinois, única heredera de la casa Grimaldi, trajo el principado á la casa de Matignon, la cual tomó entonces el nombre de Grimaldi.

Para escribir la historia de los soberanos de Mónaco, basta sólo citar sus nombres. *Estos reyes vivían muy bien sin gloria*. De este modo vivió hasta 1841 Honorato V, á quien sucedió su hermano, Florestan I, muerto en París en 1856. Carlos III, hijo de Florestan, reina hoy en Mónaco, y aspira á hacer de esta ciudad la rival de Niza.

Este jóven príncipe ha creído que los algarrobos, los euforbios y las fucsias gigantes no serían un atractivo bastante poderoso para conducir, á un pueblo de mil doscientos habitantes, á los extranjeros que buscan distracciones. Por eso ha hecho construir un delicioso casino y establecer una *ruleta* que, tomando un poco de lo superfluo á los viajeros ricos, suministra lo necesario á una población que la naturaleza ha hecho poco exigente.

En este dichoso principado, el naranjo madura á la sombra del olivo, la margarita y la malva abriga á la rosa, al jazmin, á la violeta y al geranio. El pueblo se digna tomarse la molestia de cojer estas flores y destilarlas en perfumes.

Que las bellas cuyas ondosas cabelleras se suavizan con estas esencias, agradezcan al pueblo de Mónaco el que olvide por ellas que no tiene mas que alargar la mano para tomar su parte en el magnífico festín que le sirve la Providencia todas las mañanas.

Si Niza es el vestíbulo del paraíso terrestre, Mónaco es seguramente el mismo paraíso.

LEO DE BERNARD.

(J. R.)

LA MISA DE PASCUA EN SAN-PEDRO DE ROMA.

Muy señor mio:

Me apresuro á enviar á usted al salir de San-Pedro, las líneas que me ha pedido para servir de libretto al dibujo que representa la misa pontifical

del día de Pascua. El ceremonial ha sido lo que es siempre aquí, pomposo, grave y sencillo. He notado que pecan en Francia las *funciones* religiosas lo mismo que los ornamentos de Iglesia por la demasiada rigidez de las actitudes y de los pliegues; — los sacerdotes y los oficiales subalternos marchan con paso escesivamente acompasado y casi militar. En París sobre todo no he podido acostumbrarme á esas mangas, que pudieran mas bien llamarse alas de los sobrepellices que se balancean de un modo monótono. El canto se hace pesado á fuerza de querer ser majestuoso y grave.

En Roma, por el contrario, celébranse las ceremonias mas grandiosas con cierta naturalidad que, sin ser negligente, en nada perjudica á la majestad del culto católico. Nuestros sacerdotes italianos, cuya desenvoltura causa á veces sorpresa á vuestro puritanismo septentrional, consiérnanse como en su casa, cuando están en la iglesia, y no se pierden nunca en el laberinto de la etiqueta religiosa.

Por eso casi todos los Franceses experimentan cierta decepción cuando asisten por primera vez á las ceremonias de nuestra semana santa. Pero algun tiempo despues, cuando ya se hallan iniciados en nuestro sol y en nuestras costumbres, acaban por comprender que esta libertad de maneras no es mas que el reflejo de una viva fé y la gracia exterior de una piedad sincera.

Preciso es confesar sin embargo que este año se habria podido, hasta cierto punto, aplicar á Roma el primer versículo de las lamentaciones de Jeremías: *Quomodo sedet sola civitas plena populo?* A pesar de un sol resplandeciente, el cielo de la *viuda de las naciones* parecia sombrío. El via cruzis del Coliseo contaba esta vez muy raros testigos. Los extranjeros que la curiosidad atrae no han sido numerosos; no hemos tenido mas que algunos peregrinos, y estos no traen mucho dinero á los fondistas. Pero lo que ha perdido la semana santa en brillo, en agitación, lo ha ganado en recojimiento. Esta mañana, algunos grupos solícitos ó pensativos gesticulaban ó paseaban silenciosos bajo la doble columnata del Bernino. Apenas si el ruido de los carruajes turbaba un poco el canto monótono de las dos fuentes. Una vaga inquietud oprime todos los corazones y turba los semblantes. Los sacerdotes huyen de la muchedumbre, y los cardenales, impasibles en sus asientos, parecen envueltos en la resignación del anciano y sumiso católico. El Santo Padre, algo pálido, ha oficiado con esa risueña serenidad que no ha desaparecido nunca de su rostro, aun en medio de las mayores amarguras de su vida.

Ya saben ustedes que está reservado sólo al Papa el derecho de celebrar el santo sacrificio en el altar de la Confesión de San Pedro, lo que se verifica solamente en las cinco grandes solemnidades del año religioso. Este altar, que se halla bajo el baldaquino ú dosel de bronce fundido por Bernino, no está vuelto como los otros altares del lado de la nave, de manera que cuando oficia el Papa, da frente á los fieles. El ceremonial de la misa pontificia forma un capítulo muy complicado del ritual romano, pues Jesucristo parece entonces doblemente representado en la persona de su vicario y bajo el velo de las especies místicas. El Papa es quien consagra, hace la ofrenda y bendice; los cardenales desempeñan las funciones accesorias.

El momento de la elevación presenta siempre al alma algo que la llena de un santo terror. Durante este silencio profundo, creyentes, incrédulos, disidentes, todos se prosternan y adoran al que ha prometido hallarse siempre en medio de los que se reúnen en su nombre.

Despues de la misa, ha tenido lugar la bendición como es costumbre, en el balcón de San Pedro. El pueblo de Roma, los montañeses, ves-

tidos de pieles de cabra, se hallaban con mucho desahogo al rededor del Obelisco para prosternarse, con la frente sobre las losas. Apenas se oía hablar otra lengua que la italiana. Los soldados franceses parecían consternados y enternecidos; algunos hasta lloraban ante la idea de abandonar á esta Roma, en donde algunas veces pesa el hastío sobre el alma, pero que se siente siempre haber dejado cuando su imagen tranquila y magestuosa se ofrece á nuestros recuerdos.

Asistí al desfile de la *Lungara*, sentado en un poste del palacio Corsini. Era cosa triste en comparación del año anterior. Pero qué es un año para Roma que cuenta tantos siglos en el pasado y en el porvenir? La alegría y el brillo la serán devueltos. Dios que la ha escogido entre todas, á cada uno de sus dolores ha otorgado siempre una gloria nueva.

Suyo,

PIETRO ZAMPIERI.
(J. R.)

(Correspondencia particular del MUNDO ILUSTRADO.)

Llanura de Tetuan, 1º de abril de 1860.

Muy señores míos:

La campaña está definitivamente concluida. Ha salido ya con el general Echagüe un emisario de Muley-Abbas para demarcar los límites del terreno concedido en las cercanías de la plaza de Ceuta. Se tiene confianza en la sinceridad del príncipe, y difícil me parece lo contrario, porque firmó solemnemente las condiciones de la paz y las llenará hasta la última, so pena de dar á la Europa y al mundo entero una prueba de insigne deslealtad.

Hubiera podido embarcarme el día siguiente al en que se firmó el tratado y volver en seguida á España; pero he creído que os podría interesar alguna noticia sobre este nuevo estado de cosas.

Los Moros vienen hoy hasta el centro del campo español á mezclarse con los soldados y á vender las armas y trajes del país. Lo que mas escita su curiosidad son las armas europeas, su manejo, los movimientos regularizados de los ejercicios militares, los vestidos, el material: llámanles también la atención los cañones; pero es tiempo perdido tratar de demostrarles por la pantomima que el procedimiento del rayado da un alcance mucho mayor á esta arma.

Tal estado de cosas tiene su reverso. Desde Tetuan al mar, la disposición de los ánimos no es la misma que desde Tetuan al Fondack y aun mas allá.

Las tribus vecinas á la playa, menos sujetas á la vigilancia de su jefe superior, no tienen ningun respeto, ninguna confianza en la paz.

Los robos en los caminos son frecuentes y acompañados, segun costumbre de las Kabilas, de asesinatos. Ayer, á la hora en que el cuartel general se paseaba en la calle que forman las tiendas del Estado Mayor, despues de la comida frugal del campo, varios oficiales vieron unas sombras pardas que llevaban delante otras sombras de mulas. Llegadas todas al río, se aclararon las sospechas, eran unos Moros que acababan de robar á un acemilero en el camino que va desde la ciudad á la aduana.

La escolta de carabineros, la de guardias civiles y un batallón de cazadores salieron precipitadamente y empezaron una batida por los bosques en que se habian visto desaparecer los ladrones. Una hora despues, volvieron con ocho prisioneros que se habian defendido enérgicamente, llamando en su ayuda á todos los moradores de las cabañas sitas al pié de la cadena del pequeño Atlas. Dos Kabilas murieron en la refriega: los otros, sin sospechar tal vez la suerte que les esperaba, se abandonaban á esta resignación del *estab* es-

crita mahometano, porque comían tranquilamente la galleta de los soldados, mientras que el intérprete y el jefe del Estado Mayor general les decían que era forzoso prepararse á morir, porque habían asesinado al *acemilero*.

Repitiéndose estos casos con sobrada frecuencia, Muley-Abbas envió un destacamento de Moros de rey, que tiene plantadas sus tiendas en el valle y que toma á su cargo poner término á estos hábitos de latrocinio.

Figuraos cuál es la justicia espeditiva de la guardia de Muley-Abbas por lo siguiente. Un grupo de Kabilas, compuesto de quince hombres, viene por la llanura, espingarda en mano. Un guardia civil hace centinela á un lado del camino de Tetuan: en el otro lado llena iguales funciones un moro de rey.

Este hace una señal á los Kabilas y uno cualquiera responde: *No, cristiano malo*. El moro reitera su orden: repítese la negativa. El soldado de Muley-Abbas hincó espuelas á su caballo, ase á uno de los Kabilas por el mechón de cabello que dejan crecer á un lado de la cabeza y córtale esta con la *gumia*. El hecho es elocuente: qué mundo de iniquidades no revela en el seno del imperio marroquí! porque el hecho es auténtico. Lo sé de boca del general O'Donnell que me lo contó para explicarme toda la importancia que los Kabilas dan al carácter de mando de Muley-Abbas.

La España, según aquí dicen, no se manifiesta satisfecha del fin de la guerra. A tales condiciones el desenlace me parece digno de la nación española.

El ejército ha sufrido mucho en los últimos cinco meses: se ha derramado bastante sangre para que los mas descontentadizos estén satisfechos de tal campaña.

Todos hoy aspiran á poner el pié en el suelo español: los generales cuya salud estaba alterada han marchado los primeros.

Zabala marchó hace tiempo: Ros de Olano está ya en Madrid, el general Galiano también ha dejado el campo.

Los oficiales de Estado Mayor bajo sus órdenes inmediatas se embarcan hoy para Alicante. El general Rios se queda todavía en Tetuan. El general Prim continúa con su campamento del otro lado de la ciudad y marchará uno de los últimos. El embarque del material se efectúa con la rapidez posible: así pues, creo poder abandonar estos sitios sin omitir nada digno de interés para vuestros lectores.

Voy á embarcarme para Alicante, desde donde iré á Madrid. Si hay alguna función á la entrada del ejército, me importa ser testigo para remitir los dibujos.

Permitidme, antes de abandonar las playas africanas, que dé un adiós y manifieste mi agradecimiento á todos los generales á quienes hemos merecido tan benévola acogida: al general O'Donnell, que incesantemente nos facilitó los medios de verlo todo, sin encontrarnos nunca importunos, ni aun cuando se trataban secretos de Estado, los dos días de las conferencias de Muley-Abbas y el de la llegada de los emisarios de paz. Al general Prim, que ha sido para nosotros un amigo mas bien que un superior en categoría: al general Ros de Olano, que siempre recordaba que empezamos la campaña bajo sus auspicios: al general García, jefe de Estado Mayor general, que nunca dejó de considerarnos como individuos del Estado Mayor español. Al general Rios, gobernador de Tetuan, que nos recibió con una noble familiaridad que nunca olvidaremos.

Por último, á todos los oficiales del Estado Mayor, entre los que hemos adquirido amigos de quienes nos acordaremos siempre: en fin, á todos aquellos con quienes compartimos las fatigas de una campaña penosa en un suelo inhospitalario,

en donde padecemos juntos hambre y sed, y en donde sin embargo, pasamos gratas horas por la noche, departiendo sobre la Francia y sobre nuestra historia, como hombres para quienes una y otra son familiares.

Vuestro afectísimo,

C. YRIARTE.

(A. L. de B.)

CRÓNICA CIENTÍFICA.

Los inventores formales y los inventores ridículos.—

Utilidad del impuesto sobre las patentes (brevets).

— *Discusion acerca del iodismo.* — *Proyecto de recomposicion del sistema monetario.*

Hace algunos días, M. Jobard, sabio bien conocido, discutía en las columnas de la *Prensa científica*, la necesidad de fundar un Monitor especial destinado á consignar los nuevos descubrimientos y á asegurar á los inventores la prioridad y propiedad de sus obras. M. Jobard protestaba en alta voz contra el tributo anual de 20 duros que todo inventor debe pagar para *alimentar* una invención que nadie se compromete á proteger.

Se dirá que nada es mas justo que estas reclamaciones, las cuales no tienen, por otra parte, el mérito de la novedad. Sin embargo, vamos á tratar de probar, si bien á riesgo de que se nos diga que sostenemos una paradoja, que la ley de 1844 tiene razon y que el señor Jobard no la tiene.

El título de inventor posee, en Francia sobre todo, un mágico atractivo; ejerce en ciertos espíritus una verdadera fascinación. Hay, en efecto, jentes que creen haber salido para siempre de la vulgar muchedumbre, cuando á costa de un ligero sacrificio pecuniario, reciben del ministerio ese gran papel adornado con el sello imperial que, á sus propios ojos, los constituye grandes hombres.

Recordarán nuestros lectores que en nuestra crónica anterior hablábamos de varios proyectos relativos á las construcciones teatrales; para obtener su comunicacion, hemos tenido que emprender un viaje allende el Sena, y dirijirnos, en el ministerio de obras públicas, á la seccion de las patentes. Recorriendo con la vista el inmenso catálogo de la coleccion, nos ha sorprendido el no encontrar sino muy pocos descubrimientos que deban fijar las miradas del curioso entendido, *rara nantes* perdidas en una cantidad considerable de frivolidades, de sueños increíbles ó de invenciones ridículas. Para dar una idea de estas últimas, bastará citar algunas elucubraciones pertenecientes al primer trimestre del presente año.

Un sastre poco conocido ha descubierto un frac-pantalón cuyas ventajas y mérito describe su inventor con un lujo de adjetivos y una precision de detalles que parecen no dejar lugar á nuevas perfecciones. No tomo á mi cargo el precisaros el uso de este nuevo vestido, ni el deciros si se puede hacer de él un *indispensable* ó un frac, según las necesidades del momento. — Esto es lo que creo haber comprendido. — Por lo demás, podeis satisfacer ámpliamente vuestra curiosidad consultando vosotros mismos el singular catálogo de que acabo de hablaros.

Tal vez os dejaréis seducir por el sombrero-paraguas, si conoceis el eterno fastidio de ese mueble incómodo y un tanto ridículo con el cual se ha cargado uno siempre cuando hace buen tiempo, ú olvidado en casa cada vez que llueve.

Si alguna vez habeis sentido el no haber tratado de constituirsos seiscientos duros de renta criando conejos, os apresuraréis á captaros la amistad de ese buen hombre que acaba de encontrar el modo de hacer que pongan los gallinas... *vez y media* cada día! Voy á explicarme, pues supongo que no me comprendéis bien. Este inventor asegura

que posee un procedimiento para obtener todo el año tres huevos cada dos días de la misma gallina, etc., etc.

No citarémos mas que mencionándolas las patentes tomadas por un calzado que nunca se rompe, los componedores eléctricos, los convoyes de recreo en globo aerostático que van de uno á otro hemisferio, etc., etc.... Estas muestras casi grotescas darán una idea al lector de la facilidad con la cual se proclama uno inventor en el siglo en que vivimos. Y hay quién se atreva á pedir que se suprima el freno saludable de 20 duros anuales impuesto á ese aluvion de burlescos descubrimientos!!...

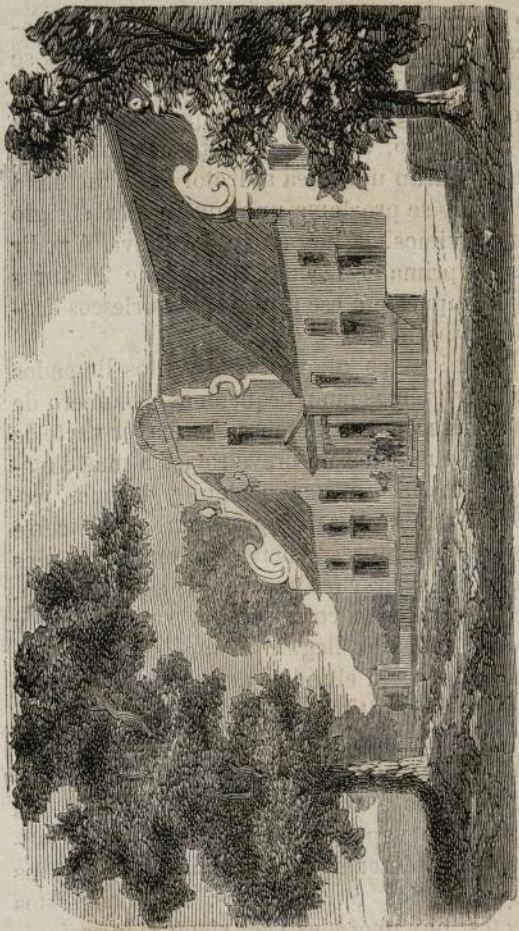
Si examinamos ahora los inventos llamados formales, verémos cuán pequeño es el número de los que merecen este nombre. La mayor parte de las jentes que piden un breve revisten mas ó menos bien una idea apenas nacida, y despues, pagando el tributo legal, apresúranse á hacerse consagrar inventores; siendo de ordinario mas adelante, al expirar la duracion de su privilegio, previas numerosas correcciones, supresiones y adiciones, cuando llegan á una consecuencia práctica. Recorred el índice del catálogo de cada uno de los diez últimos años y encontraréis en él la indicacion de veinte medios seguros para dar direccion á los globos, cincuenta motores eléctricos destinados á reemplazar con economía las máquinas de vapor, y á lo menos cien procedimientos para detener casi instantáneamente los convoyes de los ferro-carriles. En todos estos proyectos, hay una idea casi siempre ingeniosa, pero constantemente vaga é impracticable.

Una tercera categoría de *patentados*, la menos honrosa seguramente, pues en vez de una vanidad inocente, tiene por móvil el interés y el lucro; una tercera categoría, repetimos, se compone de esos héroes de la cuarta página de los periódicos que no buscan en la adquisicion del privilegio sino el derecho de poner despues de su nombre una palabra y cuatro letras que serán siempre para el vulgo un anzuelo infalible. *Brevet S. G. D. G.*

Segun lo que antecede, fácil es ver cuán limitado es el número de las invenciones realmente formales y útiles destinadas á obtener resultados prácticos verdaderamente incontestables. Constituyen estas una minoria bien reducida en las cuarenta y cuatro mil patentes espedidas en los últimos diez y seis años, y para ellas no ha sido ni lo será nunca un obstáculo el impuesto anual. La supresion de este tributo saludable, y la creación de un periódico que diera á los inventores frívolos un renombre que no merecen, tendria por resultado inevitable duplicar su número, presutando un seguro asilo á las estravagancias de las imaginaciones mas enfermizas.

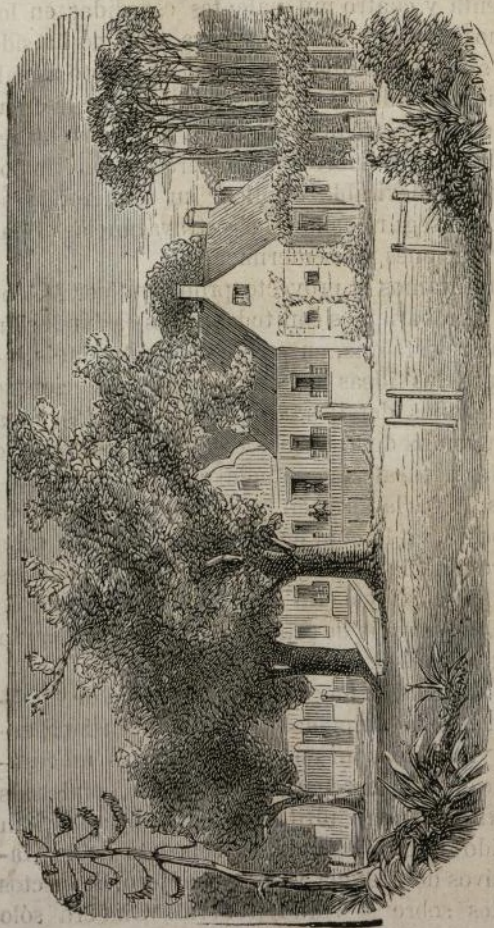
Si refutamos el proyecto propuesto por M. Jobard, aprobaríamos con todas veras la fundacion de una revista que, en vez de consignar indistintamente las ideas de *tanti quanti*, mencionase con algunos detalles los descubrimientos cuya aplicacion ha dado buenos resultados. Un trabajo de esta naturaleza, confiado á hombres competentes, llegaria á ser en breve una verdadera enciclopedia, en la cual encontraría su puesto cada progreso de la industria, de la ciencia y de las artes. Una simple cita hecha en una revista de esta clase serviría de estímulo y noble recompensa para los investigadores infatigables.

Las últimas sesiones de la Academia de Medicina han sido animadas por una discusion bastante viva. Hé aquí en pocas palabras un resumen de ellas. Las preparaciones de iodo, empleadas con éxito en una multitud de enfermedades, han parecido siempre esentas, en concepto de los facultativos de Francia y del *extranjero*, de efectos funestos sobre la salud general. Ginebra sólo forma una escepcion á esta regla comun; el em-



Habitación de M. Kloet, propietario del viñedo de Constanza.

pleo del iodo, según M. Rilliet, ocasionaría allí una verdadera caquexia que él llama Iodismo. Estos hechos, por lo menos extraordinarios, que hasta ahora no ha podido explicar ninguna teoría de un modo satisfactorio, han dado margen a una larga discusión. Algunos individuos de la Academia, avezados a la duda pirrónica, no han vacilado en declarar que no tendrían, hasta mas amplios informes, sino una confianza limitada en las observaciones hechas en Ginebra: creemos como ellos que no se debe abandonar el uso de un medicamento



Cercanías de Cap-Town. — Habitación de John Herschell, en su estancia en el Cabo.

Ayuntamiento de Madrid



Vista general de Cap-Town, durante la estadía de la *Dryada*, según los croquis de M. d'Ha..., capitán de artillería de Marina.



La lectura de los diarios en Roma.

tan precioso como el iodo, por el testimonio de observadores muy hábiles, sin duda, pero que pueden engañarse como todos.

Dícese que va á establecerse en Francia un nuevo sistema de monedas. Hace poco tiempo que el ministro del interior dirigió una circular á las cámaras de comercio invitándolas á ocuparse de esta cuestion tan importante. Se ha hecho indispensable una reforma, por la falta absoluta de moneda menuda de plata. Pondremos al corriente á nuestros lectores acerca de las fases diversas que recorra este proyecto tan interesante en todos conceptos.

C. A. MARTIN.
(J. R.)

(Correspondencia particular del MUNDO ILUSTRADO.)

Cap-Town, 19 de febrero de 1860.

Después de sesenta dias de navegacion sin haber arribado una sola vez, llegamos por fin al Cabo, no sin cierto placer al poner el pié en tierra firme. Esta parte primera del viaje se verificó con felices condiciones y el estado sanitario de las tropas á bordo de la *Driada* ha sido de los mas satisfactorios, merced á la inteligencia iniciativa de nuestro teniente coronel, que sabe dar á cada uno ocupacion conforme á su carácter, haciendo así distraer á los soldados el fastidio inevitable en una larga travesía.

Todos los dias habia un paseo militar con tambores, clarines y música. Por la noche, concierto instrumental y vocal terminado por contradanzas, vales y polkas. Cada quince dias, los actores ordinarios del 102º tenian el honor de representar algunas piezas escogidas en nuestro mejor repertorio dramático y las no menos dignas escritas por varios oficiales pasajeros y cuya representacion no deshonraria á la escena de ciertos teatros de Paris.

Después de misa, todos los domingos teatro de Funámbulos con pantomimas y paradas. Tenemos un Pierrot que Debureau y Paul Legran admitirian como uno de sus mas aventajados discípulos.

Las corridas en completo equipo, cien variadas ascensiones sucedian á estos recreos del ánimo y proporcionaban al cuerpo un ejercicio saludable. Con semejante método no se daba ocasion á enfermar y era el partido tomado por los pasajeros, oficiales y soldados.

Todos los navios de transporte del ejército de China, escepto el *Jura*, el *Isère* y el *Duperré*, han llegado al Cabo. Tres han vuelto á marchar.

La travesía ha sido completamente feliz, fuera de una manga de viento en las Canarias y siete u ocho dias de calma. Hemos seguido escrupulosamente la curba del subteniente Maury y verificado casi por todas partes la verdad de sus aserciones.

Pasamos la línea el 1º de enero de 1860. No haré la descripcion de esta ceremonia divertida y sabida. Nuestro pabellon fué bautizado tambien: recibió el bautismo del agua del Trópico mientras le llega el del fuego.

Volvimos á encontrar en el Cabo la temperatura de Francia tal como se experimenta al fin del verano.

Es Cap-Town una linda ciudad dotada de todo el confortable europeo y cuya fisonomía no carece de cierta originalidad que tiene su precio. Su poblacion de treinta y seis mil habitantes se compone en su mayor parte de Holandeses agricultores, de Ingleses que ocupan los empleos y monopolizan el comercio, de Malayos, de Cafres, de Mozambicos.

Las casas son tan lindas, tan cómodas como las de las mejores ciudades de Europa. Las plazas, las calles cruzadas por los ómnibus, por los cupés

y otros carruajes, contribuyen á la decoracion de esta hermosa ciudad cuyas construcciones son de ladrillo y granito.

No ya en Paris, pero ni aun en Lóndres, se encuentran hostelerías que rivalicen con las de Cap-Town. Por doce chelines diarios se puede vivir confortablemente en un cuarto en donde el *gentleman* mas exigente encontrará cuanto apetezca respecto al bienestar y aliño de su persona en su bien amueblada estancia. Añádase á esta primer ventaja un alimento escogido, sustancial y el derecho de adquirir cuatro indigestiones por dia á poco que se pongan en práctica los hábitos de mesa de los Romanos en tiempo de la decadencia.

Los Ingleses han conseguido hacer de los Malayos, de los Cafres y de los Mozambicos, excelentes operarios y criados cumplidos. El dia pasado, en casa de M. Kloet, el principal propietario de los célebres viñedos de Constanza, examinaba las viñas y extasiábame ante su esmerado cultivo.

«— Obtengo este resultado, me dijo, con quince operarios, si bien es cierto que trabajan todo el año. Me cuestan, en total, menos que cinco jornaleros en Francia. »

Niéguese después que es un pueblo ingenioso el que, aboliendo la esclavitud, encuentra medios de hacer trabajar como negros y mas barato á hombres libres.

Tuve tambien ocasion en la propiedad de M. Kloet de admirar el lagar, monumento con frontis esculpido y de un gusto delicado, en el cual ví cubas que comparadas con la famosa de Heidelberg, reducen ésta á la dimension de un barril y en cuya construccion, segun el mismo propietario, no tarda mas que ocho dias un jornalero malayo.

Fuimos á cazar últimamente á unas veinte leguas de aquí. La caza era abundantísima pero trajimos pocas piezas. Esta excursion me proporcionó el placer de visitar una hacienda holandesa. Mucho lo siento por la Normandía, pero no tenemos una alquería, ni en el pais de Caux, cuidada con tanto esmero. Los Holandeses hacen en el Cabo lo que en Europa, labrar siempre, siempre fregar. El sol africano da mas calor á su sangre y les comunica una energía desconocida en los ciudadanos de la *república anfibia*, como llama á la Holanda Michelet.

La acogida que aquí se nos hace es en extremo simpática. Tenemos fiestas todos los dias. A las comidas siguen los bailes y á los bailes los *lunchs*. El gran juez, el gobernador, el cónsul de Suecia, se disputan el honor de recibirnos y mañana nos preparan los habitantes el cuarto baile en la sala de la Bolsa. En estas reuniones, los hombres se distinguen por sus modales finos y los trajes de las señoras van rezagados de setenta dias, lo mas, á las modas de Paris, y aun se necesita el ojo ejercitado de nuestras elegantes de la *Chaussée d'Antin* para notar este retraso inevitable.

El comandante de la *Driada* da el martes un *lunch* á cierto número de personajes de distincion, y el miércoles por la mañana nos daremos á la mar. Esperábamos arribar á Singapoore, pero creo que sucederá lo que con Goréa y llegaremos sin detenernos á Hong-Kong.

Adjuntas remito varias vistas del Cabo, escogidas entre las mas curiosas y que ofrecen mayor interés á los lectores del *Mundo ilustrado*. Hay tambien en los dibujos varios tipos de indígenas que no carecen de originalidad.

Desde Hong-Kong y otras partes de la China que vamos á recorrer enviaré varios cróquis que no llevarán el sello vulgar de los productos chinos.

Afectísimo, etc.

MAC VERNOLL.
(A. L. de B.)

LA LECTURA DEL DIARIO EN ROMA.

Se nos ha referido la historia de un pintor, muy ocupado en su arte, y que, no queriendo desterrarse enteramente del pais de la literatura, habia elegido para descansar de un trabajo demasiado sostenido, una obra cuya lectura habia acabado por ejercer en él una distraccion muy provechosa. Cuando sentia fatigada su mano y abrumada su imaginacion por el esceso del trabajo, deponia el pincel y tomaba de una mesa un librito intitulado: «El perfecto Bombardero.» Era este volumen un tratado completo de artillería para la época en la cual distaba tanto la artillería de los cañones rayados cuanto el carreton del telégrafo eléctrico. Leía el artista algunas páginas con la risueña atencion de un bibliómano que hojea por primera vez un Elzévir, y después, con el ánimo reposado, suavizada la mano, volvía á ponerse á frotar sus lontananzas y á empastar su primer plano.

Cuando se le decia: «Hace mucho tiempo que debe usted haber acabado de leer ese libro,» respondia imperturbablemente: «Cuando le acabo de leer, vuelvo á comenzar y descubro siempre nuevas bellezas.» Si se añadía: «Hubiera podido elegir usted una obra mas interesante!» — Es verdad, replicaba; pero una obra mas interesante me habria preocupado durante mi trabajo, mientras que no hago ningun sacrificio en dejar de ser bombardero para volver á ser pintor. »

Este perito justificaba el famoso adagio de Ciceron: *Timeo virum unius libri*. Temo al hombre que no lee mas que un libro. Debe ser un hombre terrible en efecto. Vaya usted á hacer frente al coloso que habria pasado su vida leyendo *les Bourgeois de Molinchart*.

Lo que se dice del libro puede aplicarse al diario. Si, en Francia, por ejemplo, no se tuviera mas que el *Moniteur*, ó cualquier otro diario, nadie sabria mejor que los Franceses la historia contemporánea. La ignorancia ha dimanado de las bibliotecas en las cuales se cuentan los volúmenes por millones; si no tuvieran los Ingleses y Americanos la facilidad de leer por un penique sus diarios-tapices, no se verian invadidos cada dia por la ignara turbulencia de los hambrientos y por la polémica del *revolver*. En cuanto á mí, me siento con sólidos conocimientos en política cuando me limito á leer el *Figaro*, ú á corregir mis pruebas del *Mundo ilustrado*.

Véase nuestro grabado. Él representa la lectura del *Diario* en Roma, en donde no hay mas que uno solo que anuncia las *funciones* eclesiásticas de la semana, la llegada y la salida de los extranjeros notables, y *accesoriamente* las noticias de Hong-Kong y alguna que otra gaceta tomada del *Diario de las Debates*. Seria imposible adivinar lo que tres ó cuatro Italianos, sentados á una mesa del café *Nuovo*, ú agrupados junto al mostrador de un boticario del *Corso*, saben sacar de la lectura de un periódico tan conciso y tan discreto; lo adivinaria difícilmente sobre todo un hombre que no se hubiese hallado privado durante dos años de la *Independencia belga* ó del *Times*. Con dos líneas se hacen dos volúmenes. Si anuncia el diario, por ejemplo, que se arma en Brest una fragata de cincuenta cañones, al momento ve el hombre de ancho sombrero flamear las docks de Lóndres y á los zuavos apagando su sed con whiskey en las *tavernas* de Hay-Market haciendo horrendos gestos. Un banquete oficial es para los lectores del *Giornale di Roma* un indicio de alguna combinacion profunda que promete cambiar en un corto plazo la faz de la Europa. Crúzanse los comentarios, las conexiones mas estrañas de unos hechos con otros acarrear discusiones, relatos, consecuencias, para las cuales no bastarian las cincuenta y dos columnas del *New-York-Herald*. Id á discutir con semejantes hombres, vosotros que os cebais cada dia con

fárragos y boletines en los cuales se encuentra el pensamiento ya formado! Valdria mas hacer luchar un capon de Saint-Genis contra un gran gallo normando con navajas de acero.

Felices los pueblos que no tienen mas de un diario, los hombres que no tienen mas de un libro, los escritores que no tienen mas de una pluma, los pintores que no tienen mas de un pincel y aquellos que la naturaleza ha hecho millonarios cuando no tenían mas de un escudo! El mundo ha sido formado de la nada; de un ardite se sacan maravillas. Vosotros, los que teneis cincuenta años, acordaos de cuán elocuentes eraís cuando el *Courrier français* tenía las dimensiones de la mano!

Duplíquese la fuerza de esta penuria por la vivacidad y la perspicacia italiana, unid á eso el colorido que los Italianos saben dar á todo lo que hacen, el rasgo indeleble que marca sus actos mas indiferentes, la sencillez trapacera cuando se burlan de sí mismos y se rien de sus grandes zancadas en el pais de los sueños y de las hipótesis, y sentiréis tal vez no hallaros en el número de esas fisonomías originales reproducidas por el lápiz de Gedzieryzewski. Por lo demás, si quereis saber exactamente lo que vale el *Diario de los Debates*, id á leerle á Venecia en el café Florian. Quedaréis sorprendido de que le habiais comprendido mal cuando le tomábais indolentemente de una mesa del café Riche.

DOUCET.

(J. R.)

PARIS DESCONOCIDO.

LOS TAPETES VERDES.

I.—La pasión del juego.

(Continuacion.)

El que asiste friamente, como simple espectador, á una de esas borrascosas partidas de que hablaré despues, no se da cuenta sino cónfusamente de lo que pasa en el espíritu de los jugadores. Ve á hombres absortos, siguiendo con la vista, llenos de ansiedad, las alternativas del juego; ve manos moviéndose convulsivamente, montones de oro cayendo en poder de los dichosos... por un momento, y oye un siniestro concierto de risas, de lamentos y de blasfemias. Presiente de un modo vago que allí se realiza un drama, pero no puede nombrarle. No sabe que aquel grito de desesperacion quiere decir: «Es mi último luis, se me han agotado mis recursos!» ó bien: «Es necesario poner término á esto! voy á matarme.» Este cuadro no es exagerado. Preguntad á los jugadores de profesion y sabréis cuántos desdichados han visto sepultarse, cuerpo y bienes, en este naufragio! cuántos han perdido su honor, despues de haber perdido su fortuna! Preguntad á las gacetas de los periódicos!

Los que se detienen á tiempo en el declive son unos héroes. Los hay, pero cítalos como una maravilla, y ellos mismos se presentan, con justo derecho, como ejemplos de un prodigio. Es de ver con qué inmensa alegría, con qué suprema felicidad hablan de su victoria! Un guerrero se muestra menos orgulloso de las ciudades que ha conquistado. Es la calma despues de la borrasca, el sueño despues de las noches de turbaciones y de pesadillas, la salud despues de la calentura, el bienestar despues de la miseria, la serenidad del espíritu despues de las punzantes preocupaciones. Han recobrado los verdaderos goces, las afecciones del corazon, la admiracion de lo bello, la vida en fin, y se sorprenden de haber estado obcecados tanto tiempo, y se estremecen solamente al pensar en los peligros que han arrostrado. Es que tienen el espíritu lleno de lúgubres recuerdos: fortunas perdidas, honores manchados, muertes violentas,

y dícense á sí mismos: Habria podido yo acabar del mismo modo!

¿Quién puede medir los peligros que ha corrido? ¿quién puede decir en dónde se detendrá el hombre arrastrado por la pasión? ¿quién puede afirmar que no sucumbirá, y que una vez agotados sus recursos, pero siempre seducido por la engañosa esperanza de una ganancia posible, el jugador desgraciado no descenderá hasta el crimen para satisfacer su pasión? Hay un hombre mas fuerte aun, quizás, que el jugador que se corrige: tal es el jugador que permanece honrado en la adversidad. Si el uno es héroe, el otro es un semidiós. Comprendo el epitafio que propuso grabar un hombre de talento en la tumba de un jugador de profesion: «*Fué jugador desgraciado y cajero fiel.*» Tal epitafio es de sublime elocuencia.

He oido sostener sin embargo que la pasión del juego era la mas noble de las pasiones. No se ha elogiado la peste en hermosos versos? El hombre que se habia lanzado en defensa de esta extraordinaria tesis la sostenia con energía y talento. Mostraba que los pueblos mas inteligentes se hallaban entregados á la pasión del juego; despues, pasando de los pueblos á las personas, procuraba probar que muchos de los grandes jugadores de todas las épocas habian sido hombres célebres en la política, las ciencias, las artes, la literatura, la Iglesia, la magistratura y la administracion. Citaba á Francisco I, al duque de Guisa, Catalina de Médicis, Enrique IV, María de Médicis, Villon el poeta, Ana de Austria, al caballero de Grammont, Mazarino, Condé, Luis XIV, al abate de Choisy, Dangeau, al duque de Borgoña, al duque de Monfort, á la mariscala de Clérembault, Law, al abate de Boneuil, y finalmente á la hermosa é infortunada Maria-Antonieta, personas que habian amado todas apasionadamente el juego. Despues de haber transcrito la historia de los naipes, que nos vinieron del Oriente por la Italia, los mostraba ya en tan gran favor entre nosotros en el siglo diez y seis, que nuestros reyes y nuestros obispos violaban sus propios reglamentos y ordenanzas contra los jugadores. Citaba la carta del «único rey cuya memoria ha conservado el pueblo», á su ministro Sully: «Amigo mio, he perdido en el juego veintidos mil pistolas (moneda imaginaria en Francia que valia 40 reales); os ruego que las pongais inmediatamente en manos de Feideau, portador de ésta, con el fin de que las distribuya á los particulares á quienes las debo, como se lo he mandado. Adios, amigo mio. Deseo que esta cantidad se apagada al contado. — Lunes por la mañana, 18 de enero, Paris. — ENRIQUE.»

Mostraba en seguida á la reina Ana de Austria tomando bajo su proteccion á los jugadores y tranquilizándolos; á Mazarino, jugando aun en su lecho de muerte; á Luis XIV, pagando las deudas de la duquesa de Borgoña y las del duque del mismo nombre, discípulo de Fenelon, y al mismo gran-rey, jugando á la berlanga á los setenta y siete años para celebrar el dia de los Reyes. Llegando á épocas contemporáneas, citaba tambien grandes nombres: Talma, Talleyrand, Rossini, Balzac y otros muchos. Fuerte en los autores, apoyábase en los moralistas con bastante habilidad para formar un argumento con sus máximas, sin desfigurarlas demasiado. ¿No ha dicho La Bruyère: «No se reconoce ya en los que se han ilustrado por el juego y la ganancia la menor huella de su primitiva condicion: pierden de vista á sus iguales y llegan hasta los mas grandes señores?» ¿No ha dicho tambien: «Nada hay que ponga repentinamente un hombre á la moda y que le eleve mas que el gran juego?» Este su animado alegato terminaba diciendo: «Sostengo que la pasión del juego es la mas noble de todas las pasiones, porque ella las comprende á todas.

Una série de golpes felices me proporciona mas goces de los que puede tener, en muchos años, el hombre que no juega. Gozo con el espíritu, es decir, del modo mas vehemente y mas delicado. ¿Creeis que no considero mas que la ganancia en el oro que me llega? es engañoso. Considero en él los goces que procura y los saboreo verdaderamente. Estos goces, vivos y ardientes como el relámpago, son demasiado rápidos para causarme hastio, y demasiado variados para causarme fastidio. Gozo cien vidas en una sola. Si viajo, lo hago como la chispa eléctrica. En un abrir y cerrar de ojos he dado la vuelta al mundo: un golpe feliz ha pagado los gastos. Otro golpe me proporciona otro goce. Puedo llevar así, en algunas horas, sin dejar mi silla, y por poco que me favorezca la suerte, la existencia de un nabab. Tengo todo lo que el hombre desea ardientemente; pues tengo su representacion, es decir, el oro que lo hace obtener todo. A mí me pertenecen las mujeres mas bonitas, los mas hermosos caballos, las espléndidas casas, los cuadros preciosos! á mí me pertenece todo lo que se vende, mia es la creacion! No tengo mas que abrir la mano y dejar caer algunos de estos arambes sedosos: decidme qué virtud no se plegará, qué lienzo no pasará del taller á mi salon, qué goce, en fin, se me resistirá? Si tengo cerrada mi mano y si guardo mis billetes de banco, es porque conozco demasiado el precio del tiempo para gastarlo como los otros hombres. Tal placer que pudiera gozar me haria quizás perder otros mil placeres. Calculad todo lo que podria sacrificar si fuera á recorrer la Italia y la Alemania durante tres meses. Tres meses lejos del tapete verde, es tal vez perder un tonel de oro, y considerad toda la felicidad que puede proporcionarse uno con un tonel de oro! Tengo todos los goces del espíritu y no quiero otros. No tengo mas que querer para tener, y si no quiero, razon hay para ello. Probadme que los goces del espíritu no son los mas nobles de todos, y convendré con vos en que la pasión del juego es la mas detestable de todas las pasiones.»

El que hablaba de este modo tenia en su favor la opinion de la mayoría de los jugadores, pobres víctimas siempre prontas á interpretar mal sus estravíos. Despues de tomar informes, supe que el abogado de la berlanga era un antiguo jugador, actualmente dueño de una casa de partida, quien, uniendo el ejemplo á los preceptos, perdía en Paris durante los seis meses de invierno, los 60 ú 80,000 francos que le producian la ruleta y el treinta-y-cuarenta en el Piamonte durante los seis meses de verano. A un hombre menos convencido — preciso era que él lo estuviese para que no lo hubiera desengañado una práctica tan larga, — se habria podido responder:

Habéis citado los nombres de varios personajes célebres que han sido jugadores, pero nada habéis dicho del mal que ha podido causar el juego á su talento, á su fortuna ó á su consideracion. Por lo demás, estos nombres forman una escepcion. En todo tiempo los hombres sabios han proscrito el juego y los legisladores lo han condenado. Enrique IV era jugador, pero deploraba esta pasión. El mariscal de Biron jugaba, y el juego lo hizo conspirador y traidor. Mazarino fué un jugador desleal. El abate de Choisy, el Guido, Rotrou, Voiture, Regnard, se hicieron desgraciados por el juego. Montaigne y Descartes jugaron tambien, pero tuvieron el buen sentido de corregirse... ¿No escribia el abate de Choisy, despues de haber perdido en Venecia considerables cantidades de dinero, en donde jugaba vestido de muger: «Se ha poseido de mí la rabia del juego. Seria una felicidad si hubiera hecho siempre la bella aun cuando hubiese sido fea? El ridículo es preferible á la miseria.» Habéis invocado la historia? Abro las memorias del tiempo, y las



Moccoli, escena del carnaval romano, segun un diseño de M. Gierdziejewski.

Ayuntamiento de Madrid

MODAS GROTESCAS, DEL PASEO DE LONGCHAMPS QUE EL VIÉRNES DE PASCUA SE ACOSTUMBRA A DAR EN LOS CAMPOS ELÍSEOS DE PARIS.



Un personnage formal.



Nunca va uno mejor con-
duciendo que por sí mismo.



Los cocheros en Lonchamps.
Mas comme il faut que
su amo.



Arregla el cuarto del amo, hace los
recados al ama, sirve á la mesa,
cuida á los caballos, frota la esca-
lera en sus ratos perdidos; pero
le permiten llevar bigote.



Cochero para todos: fino
siempre, á la hora como
á la carrera.



Un caballero cuya silla estan
esperando.



Modas del dia.



Para algo sirve la crinolina,



Un paraguas y su criado.



Gendarmes que van á dos en fondo,
para redoblar la vijilancia.



Nosotros buscamos un nuevo
arreglo para nuestras pa-
tillas.



Yo busco un hôtel
y... su corazon.



Yo busco una señorita de
compañía



Yo busco una silla
para sentarme.



Yo busco una prueba mas de
la profunda decadencia de
los trajes.

encuentro llenas de narraciones cuya moralidad os condena. Veo por ejemplo al príncipe de Conti y al gran prior de Vendôme en acalorada querella como unos lacayos por un golpe dudoso; veo desaparecer al teniente de guardias de corps Reineville, oficial distinguido, después de haber perdido en el juego cantidades que no podía pagar; veo al señor de Charmel haciéndose monje y renunciando al mundo; veo al abate de Boneuil muriendo asesinado al salir de una partida que le habia sido favorable, y al conde de Horn convertido en asesino, después de haber sido jugador, libertino y ladrón.

Los pensadores, los filósofos, los moralistas y los poetas han escrito contra los funestos efectos de la pasión del juego. Conocidos son los versos, bastante malos por cierto, pero cuyos dos últimos han pasado á ser proverbios:

Le désir de gagner, qui nuit et jour occupe,
Est un dangereux aiguillon:
Souvent, quoique l'esprit, quoique le cœur soit bon,
On commence par être dupe,
On finit par être fripon.

Molière, Voltaire, Montesquieu han escrito hermosas páginas contra el juego. Voltaire veía en él una prueba de la decadencia de los grandes:

« En la muelle osiosidad en la cual pierden todos los grandes sus días, desde Petersburgo, ¿no es la dificultad de la combinación el único atractivo que los pica en sus miserables juegos de naipes, sin lo cual su alma se consumiría lánguidamente entorpecida? »

No ha escrito por su parte el autor de las *Cartas persas*:

« El juego se halla en uso en Europa; es una profesión la de ser jugador: este solo título reemplaza el nacimiento, el bien y la probidad; coloca á todo hombre que lo lleva en el rango de las gentes honradas, sin exámen, aun cuando no haya persona que no sepa que al juzgar de este modo se ha engañado con frecuencia; pero se ha convenido en ser incorregible. Las mujeres sobre todo se dan al juego con mucho gusto. Es cierto que ellas no se entregan á él en su juventud sino para favorecer una pasión mas querida; pero á medida que envejecen, parece rejuvenecerse su pasión por el juego, y esta pasión llena todo el vacío de las otras. »

La autoridad de los escritores no se halla pues en vuestro favor, y en cuanto á los goces personales que encontráis al entregaros á vuestra pasión, son en todo semejantes á los del avaro que contempla su oro. El también es mas feliz al pensar en toda la dicha que podría proporcionarse, de lo que lo sería si se la proporcionara en realidad; dícelo así por lo menos. Mira su cofre, tiene todos los goces á la vez sin que aquel disminuya en un solo maravedí. Jugadores, no sois mas que una variedad del avaro, á pesar de vuestras pretensiones de prodigalidad; y no sé cuál de los dos se estasia mas insensatamente en el culto del oro, del que entierra sus bienes y los hace infértiles por el temor de perderlos, ó el que los aventura en una carta con la esperanza de ganar. Cuando me hayais probado que no mentís á vuestra naturaleza, que sois completamente felices con semejante vida, que vuestra conciencia se halla satisfecha y que vuestra salud no se altera, diré con vosotros que la pasión del juego es una noble pasión. Mientras tanto, persisto en creerla la mas embrutecedora de todas.

EDUARDO GOURDON.
(J. R.)

IMPRESIONES DE VIAJE.

EL TEATRO DE NAUM EN CONSTANTINOPLA.

Un capricho (quién no le tiene?) os impele á abandonar el *boulevard* y el nido que paja á paja

habeis decorado con porcelanas de China y del Japon: os arrancais á vuestro rincón, á vuestra cocinera que enjuga sus lágrimas con la punta del delantal, dejais que las arañas domésticas tejan en paz nuevas redes de telas sobre las botellas de Chateau-Larose y de Chateau-Yquem, y al día siguiente os encontráis en Marsella. Mientras que los descendientes de Focia ejercitan su paciencia en espera de que se abra el istmo de Suez, navegais por las costas de Italia tan conocidas, y ocho días después tocais la incomparable Punta del Serrallo, la maravilla de las maravillas que, como el parque de Versalles, no tiene mas defecto que el haber sido con demasiada frecuencia descrita, celebrada, cantada y puesta en los cuernos de la luna, tanto que « nada encuentro mas enojoso » que la enojosa Punta del Serrallo.

Voy á recibirlos en mi bote á bordo del vapor, os evito fácilmente todas las peguieras de aduana y policía, y con mucha dificultad os proporciono un lecho y una comida, corriendo ambos parejas y no es poca cosa! Encendemos nuestros cigarros franceses (que tanto censuramos en París y que preferimos aquí á todas las pipas turcas) paseamos por la calle de Pera y naturalmente me haceis la siguiente pregunta parisiense:

— En qué pasamos esta noche.

— Toma! vamos al teatro.

— Ah! me quereis llevar á Caraguez! Théophile Gautier en su luminosa obra sobre Constantinopla...

— Hombre, no! os llevo al teatro italiano: vamos á ver el *Trovatore*.

— Cómo! Hay un teatro italiano, aquí, en Turquía?

— Sí por cierto! (bien se vé que no habeis leído las obras de M. Obicini) y á menos de pasear como una patrulla por la calle de Pera, no encuentro modo de haceros pasar honradamente la noche sino llevándoos á la sala de Naum, el empresario constantinopolitano.

Así es! en esa inmensa aglomeración de construcciones de todas clases, hacinadas en las dos riberas de Europa y de Asia, bañadas por el Mármara, el cuerno de oro y el Bósforo, y cuyo conjunto, compuesto de tantos elementos heterogéneos, forma la metrópoli mas gigantesca: Constantinopla, no hay mas que un local destinado al *culto de las artes*, como dirían nuestros abuelos; es el teatro de Naum, sito en la parte superior de la calle de Pera. En nada se distingue, durante el día, este monumento de la civilización occidental: es una casa buena y honrada semejante en un todo á sus vecinas: un cafetero, *Cavedji*, y un mercader de tabaco, *Tutundji*, ocupan el piso bajo: madama Verena Latour, modista francesa y meridional por añadidura, ostenta frente por frente sus guirnalda de flores artificiales, sus crinolinas y sus corsés S. G. D. G. (sing. garantía del gobierno).

El gas que por la noche alumbra desde hace un año la calle de Pera, trasparente en letras fulgurantes esta inscripción francesa « Teatro-Naum » dominada por un letrado turco y el *tourra* del sultan Abdul-Medjid. Lícito es suponer que estas letras turcas y ese *tourra* significan: « Aquí se canta en italiano! »

El *muezzin* lanzó, dos horas há, sus notas agudas, desde lo alto del minarete de Agha-Djami (única mezquita existente en Pera) invitando á la oración de la tarde, lo cual quiere decir sencillamente que son las ocho y media en vuestro reloj á la franca: es el momento de ir al teatro.

Ningun espendedor de billetes nide contraseñas os persigue, ni os ostiga: en la derecha del vestíbulo de entrada, entregais 15 piastras, próximamente tres pesetas, á un anciano taciturno M. Papanicolo que os da en cambio un billete y devuelve á guisa de moneda bonos firmados por él. Es de notar que estos bonos circulan en toda Cons-

tantinopla sin sufrir el menor quebranto, mientras que los *caimes* ó bonos del gobierno pierden hoy todavía el quince por ciento y hace tres meses, antes de la subida de Mehemet-Kebrisli Bajá, al gran vizirato, el quebranto era hasta de cincuenta y cinco por ciento. Fuerza es confesar que esto es muy honroso para el cajero del Teatro-Naum! Así es que varias personas, mal informadas generalmente, pretenden que antes de mucho M. Papanicolo podrá ser llamado al puesto de ministro de Hacienda. En cuanto á mí, no lo creo, aunque bajo el punto de vista de nacimiento y de instrucción, mas de un ministro de Su Alteza está muy lejos de igualar á M. Papanicolo!

Pero la orquesta ejecuta ya la obertura del *Trovatore*, dejemos los bastones en el vestuario y entremos en nuestro palco.

Divídese la sala en tres líneas de veintisiete palcos superpuestos unos á otros perpendicularmente y dominados por un *paraiso* entre columnas: estos palcos contienen casi el total del público que está embutido en ochenta y un cajoncitos, sin mas medio de comunicación que el corredor: la orquesta, el patio con asientos y la sección de éste para los que están de pié, forman la base de este juego de ajedrez semi-circular.

Los palcos inferiores ó del piso bajo, son accesibles al público. Solamente algunos están abonados durante la estancia por los señores elegantes de Pera! Qué elegantes! gran Dios!... qué cuellos! qué corbatas!... qué cadenas de reloj! qué halajas! qué sortijas! qué alfileres! qué botones de camisa! Los palcos que en un principio parecen jaulas de leones, se convierten en tiendas de joyería!

En medio de esta vanidosa quincalla aparece acá y allá una ruidosa crinolina, acartonada, sin esos movimientos graciosos, sin ese no sé qué que obliga á perdonar casi siempre y á aficionarse tal vez á las equívocas elegantes de París.

En uno de estos palcos del piso bajo, el mas próximo á la escena, los graves redactores del periódico constantinopolitano, los señores Rataboul y Baragnon (no son ya estos nombres todo un poema?) ostentan cada noche la interesante palidez que prestan á sus flacas mejillas las tareas cotidianas de su entusiasmo oficial.

También en el piso bajo, enfrente de los actores, se vé el palco del alcalde de Pera: este funcionario, de nuevo cuño, es precisamente S. E. Kiamil-Bey, introductor de embajadores, cuñado de Fuad-Baja, etc., etc. En fin, en el número 13 se encuentra el comisario de policía! Ó civilización, no eres una palabra sin sentido!

Los segundos palcos (luego hablaremos de los primeros) están ocupados por lo que yo llamaria *mesocracia* del país; pero cuánta mas variedad y contraste ofrece ésta que la clase análoga que llena los teatros de París! Aquí Griegos, Armenios, Italianos, Malteses, Franceses, Ingleses, Alemanes, Rusos con sus mujeres y sus hijos: allí Turcos jóvenes con gorro y levita: acá Turcos viejos con turbantes y *caftanes* verdes-manzana ó junquillo: allá los *derviches* con una maceta de flores invertida sobre su cabeza: mas lejos Persas con su gran gorro de cordero negro de Astrakan, Bulgaros, Georgianos, Arnautas y Circasianos, de cintura esbelta y ancho pecho, cubiertos con cartuchos que les dan todo el aspecto de tubos de órganos.

Comprenden el italiano todos estos señores? Lo ignoro. Son apasionados de Verdi? Fuerza es creerlo. Algunos concurren al teatro por primera vez, y sin embargo, al ver su imperturbable tranquilidad, se les tomara por antiguos aficionados á la orquesta. Tiempo seria de sustituir en nuestra lengua la locución envejecida « la flema británica » por esta otra mucho mas cierta « la flema oriental. »

Titis de todo plumaje pueblan con los soldados

la cazuela y el patio de pié. La orquesta y patio de asientos están siempre llenos de un público sin originalidad en su conjunto.

Hablemos por fin de los palcos principales, que abonados en su mayor parte para la estación á un precio excesivo, son el patrimonio de algunos altos personajes de la sociedad turca y de la diplomacia, sin hablar de dos ó tres grandes banqueros.

Por de pronto, fijémonos en los palcos de S. A. Ilhami-Bajá. Son los tres mas inmediatos al proscenio: comunican entre sí y son tan cómodos como generosamente hospitalarios. Su dueño es un joven de 25 años escasos, de semblante franco y abierto, de continente animado y cordial, teniendo, por servirse de una expresión vulgar, el corazón en la mano y la mano siempre abierta. Es yerno del Sultán é hijo de Abbas-Bajá, difunto virey de Egipto. Según la ley de sucesión, Ibrahim es el cuarto heredero presunto al trono de Egipto. Entre tanto, es mariscal del Imperio y miembro del gran consejo. Habla francés, inglés y alemán, y en estas tres lenguas deja rodar realmente el carro de su inmensa fortuna egipcia.

Ahora asestad vuestros anteojos y mirad al redor estos palcos principales. Al ver tanto gorro y levitas de cuello recto, abotonadas hasta el pescuezo, os creéis seguramente en Turquía, — os engañais — estais en medio del *boulevard* de los Italianos; — todos estos jóvenes pisaron su asfalto y quisieran pisarlo todavía: cada uno de ellos tiene en su bolsillo varios billetes de color de rosa ó amarillos que leen una y otra vez entre suspiros: habladles del último baile de Tullerías, del último *bailete* de la grande Opera, de la partitura nueva de Offenbach... y hallaréis que todos estos hijos de Mahoma están al corriente de nuestras grandes y pequeñas novedades, como si tratáseis con cronistas afiliados á los primeros periódicos de París!

No los conocéis al primer golpe de vista, porque el traje y el hastío dan cierto color sombrío á su semblante.

La música atronadora de Verdi no altera su impenetrable gravedad, — pero al empezarse el *bailete*, la máscara cae, el osmanli desaparece y...

— Pardiez! — los conozco á casi todos, os decís.

— Sí, ciertamente, son ellos, los desterrados de París, los Adanes expulsados del Paraíso terrenal.

Esa gruesa cerviz en que termina ese cuerpillo, es Ali-Bajá. — Sueña constantemente con los medios de salvar á la Turquía.

Esa cabecilla que sirve de remate á ese corpanchon es Fuad-Bajá. — Sueña sin cesar con los medios de salvar á la Turquía.

Ese joven taciturno es Mehemed-Djemil-Bey. — Sueña constantemente con los medios con que su padre Rechid-Bajá soñaba en su tiempo para salvar á la Turquía.

Todos estos grandes políticos pertenecen á la escuela de la contemplación: todos se afanan en buscar una *solucion*, como nuestros hombres de Estado después de la república de Febrero.

Pero aquí tenemos todavía nuevas caras conocidas.

Vely-Bajá, que gime en medio de los cuidados de la ociosidad — los mas terribles de todos para un hombre de corazón — y que en vez de comprar á Sablonville, como dijo el *Mundo ilustrado*, vende sus terrenos de Stambul á especuladores que en ellos van á construir un circo y un teatro.

Khalil-Bey, no menos desocupado, que fué las delicias de Atenas, después de haber hecho las suyas propias de París en general y del hogar de los franceses en particular: rival hoy de Fuad-Bajá, no en posición sino en retruécanos. Ah! la ociosidad es madre del vicio!

Tal es la opinión de otro Turco, turbulento, inteligente, pero del todo ocioso, y que no dejaréis

de reconocer al punto por un antiguo y *fiel* apasionado á los salones de la Raquel. Sin duda recordaréis también que la gran trágica tronó con él porque le hablaba con demasiada frecuencia de su *arenque* (*hareng* pronunciado *harem*.) He designado bastante á Riza-Bey.

Junto á Khalil-Bey está Sefer-Bajá, bien conocido en París, sobre todo en la alta sociedad polaca, bajo su verdadero nombre de conde de Coscieski. En la época de la guerra, acompañó al príncipe Napoleón en Crimea: hoy es general de división sin ser renegado como su nombre de turco y su título de Bajá podrían hacerlo suponer.

— Quién es ese efendi de barba roja y que tiene un falso aspecto de doctor?

— No os engañais, Ismail-Bajá hizo sus estudios médicos en París: es D. M. P. (doctor de Medicina en París) con vuestro permiso: á título de tal tuvo el honor de circuncidar con sus manos al sultán Abdul-Medjid.

Recordais las increíbles historias de los facinerosos de Smirna, durante el invierno de 1855 y 1856 cuando Kattergi-Janni (*Juan el arriero*) hacia estremecerse de miedo á toda la ciudad que ponía en contribución.

Un elegante gentleman, frenético por la música y por el baile, venia todas las noches á casa del pastor inglés á cantar romanzas y valsar á dos tiempos con las señoritas mas elevadas de la ciudad. Una noche, se abrió una trampa bajo los pies de los bailarines y el gentleman, que era el mismo *Juan el arriero*, desapareció en un subterráneo con su pareja de baile, la señorita Barker. Otros cien ardides de igual valor llevó á buen término este *Fra Diavolo* consumado. Soliman-Bajá (ex-embajador en París) no pudo nunca apoderarse de Kattergi y de su cuadrilla: dióse este encargo á Ismail-Bajá y seis meses después no había ni un facineroso en Smirna y sus cercanías! Esta historia de los bandidos de Smirna será acaso mas tarde narrada con sus curiosos pormenores: basta ahora saber que Ismail-Bajá desplegó en estas circunstancias recursos de genio y de imaginación verdaderamente increíbles.

— Es harto decir, hablando de un Turco.

— Sí... pero Ismail-Bajá es griego. No tiene de turco mas que el nombre: su padre se llamaba, á lo que entiendo, Pestimadji (fabricante de servilletas): su familia continúa siendo griega.

Nada diré de los otros Musulmanes que se pueden encontrar en la sala: su biografía, que conozco, es por lo general en extremo interesante, pero no tienen derecho de ciudadanía en París.

CAROLUS (el cicerone).

(Trad. A. L. de B.)

(Concluirá.)

LOS MOCCOLI.

Reminiscencia de alguna fiesta simbólica de la antigüedad, debe de ser sin duda la de los *mocoli*, con la cual termina el carnaval en Roma; y si yo tuviera á la mano al doctor Feliciani, tan convencido de que la humanidad se ha descarrilado desde el día en que Scipion Nasica presidió al asesinato de Tiberio Gracco, me revelaría el origen de esta inocente saturnal. Feliciani es digno de conversar con Méry fumando un puro en la Via Sacra; pues han vivido ambos bajo el consulado de Minucio Planco. Careciendo de estos preciosos datos, me limitaré á decir lo que es hoy el episodio de los *mocoli*.

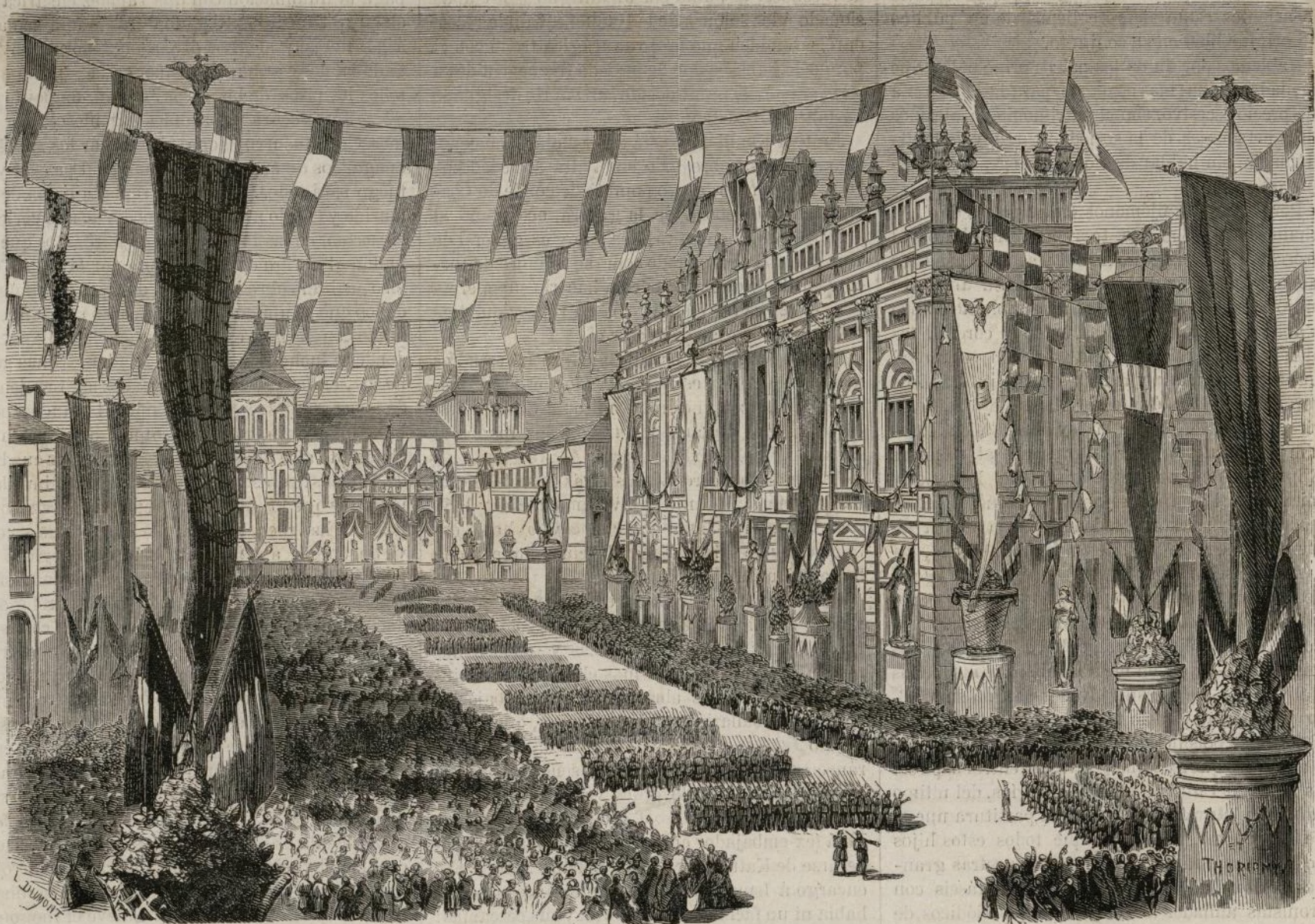
Llábase *mocolo* una pequeña bugía semejante á nuestras cerillas y que venden en el *Corso*, en paquetitos de á doce, algunos mercaderes improvisados, en el momento en que los caballos cubiertos de cintas que se sueltan en la plaza del Pueblo son tomados en la de Venecia. Apenas se ha encendido el primer *mocolo*, cuando se pro-

paga la iluminación con una rapidez eléctrica en el largo tránsito entregado durante una semana á las libres y alegres diversiones del carnaval. Cada cual se arma, lo mismo en la calle que en todos los pisos de las casas, de un manojito de *mocoli* y procura por ardides ingeniosos, por las mas violentas irrupciones, preservar los suyos y apagar los de sus vecinos. Cada cual para sí y el fuego para todos. La esposa sopla la bugía de su marido y el hijo arranca, en medio de una caricia, el *mocolo* de las manos de su padre. Los que se hallan al abrigo de todo ataque por la altura del piso, agitan sobre la cabeza de los transeúntes ó de los que se apiñan en los balcones sus pañuelos atados en largas cañas. Pero en la calle es en donde la lucha estalla en los incidentes mas grotescos, en las escenas mas graciosas. Las jentes de los carruajes, inclinadas hacia la muchedumbre é inflando las megillas como esos géneos hinchados de aire que soplan el viento en los cuadros de Rubens, se estenuan en bocanadas inútiles, mientras que los pedestres trepan á los estribos y hasta á las ruedas, roncando como focas y convirtiendo en apagador todo lo que llega á su poder. Es necesario desconfiar, sobre todo si se quiere conservar el apagador con la religiosidad de una Vestal, de los saludos, de las cortesías y de las sonrisas; ocultan casi siempre una traición italiana. Cuando vuestro *mocolo*, apagado ú aplastado por algun brutal transeúnte, os envía al rostro su fétida espiral de humo, una Transtiverina, inclinándose hacia vos, dice: *Senza mocolo*, y os propone su fuego con la desenvoltura de un fumador del boulevard de los Italianos. Si sois de buena guerra, soplad implacablemente el *mocolo* que ella os presenta, ó, después de haber encendido el vuestro, os lo arrancará para arrojárosle á la cara. Á medida que toca á su desenlace, la pelea se hace mas furiosa. Lluve el fuego por las ventanas; la cera derretida se coagula en los vestidos; los rostros y las caretas se hallan cubiertos de un tizne grasoso y nauseabundo.

Es necesario ver el *Corso* en aquel momento desde un punto elevado; creyérase que es una derrota de estrellas, un combate de constelaciones confundidas en todos sentidos. Algunas veces se agrupan los centelleos como culebras imitando, en el fondo oscuro de la noche, las evoluciones de las chispas que nos presenta en el invierno la ahumada placa de un hogar. Figuraos una espléndida iluminación dispersada, sin apagarse, por el torbellino de una tromba de aire, y tendréis una idea del cuadro; las máscaras jorobadas, enharinadas, torcidas, laceradas, gesticulan como figuras de demonios en medio de aquel rabioso caos. Cuando Calígula hacia arrojar serpientes en la muchedumbre que llenaba el circo, no debió producir una mezcla de cabezas mas desfavoridas y miembros que hicieran mas fantásticas gesticulaciones.

La alegría italiana no pierde jamás sus derechos en este delirio aturdidor; la lucha dejenera rara vez en seria colisión: el cuchillo se halla ausente de todos los bolsillos y de todas las mangas. Se grita, se injuria, se profieren lamentos, se ponen los ojos hinchados y amoratados, con la única intención de disfrazarse. En cada una de las esquinas de las calles que desembocan en el *Corso*, un gendarme pontificio cuida del orden mas que mantenerlo, y, si abandona su inmovilidad, es para arrancar de los pies de los caballos algun muchacho mendigo que se espone á ser pisado queriendo recoger unos auténticos confetti.

A las doce en punto, la campana del Capitolio comienza á sonar lentamente. El carnaval ha concluido; empieza la cuaresma. La muchedumbre se separa poco á poco, llena de ese recogimiento que sucede á los placeres inocentes: no hay gritos causados por el vino, no se notan pasos



Decoración de la plaza del Castillo, en Turin, el día de la apertura del parlamento italiano (2 de abril). — Desfile de la guardia nacional.

(Segun una fotografia de M. Chiapella.)

vacilantes; el pueblo italiano es tan grave en su quietud cuanto estrepitoso y alborotado en sus fiestas. Mañana, una piadosa muchedumbre llenará las iglesias, y esa jóven que visteis anoche dando gritos de bacante desmelenada, alegre y bailando al son del tamboril sobre los cogines de una carretela, irá á arrodillarse sobre el mármol del *Jesu*, dándose golpes de pecho, confesando sus

cual sirven de escolta dos soldados; mas lejos, una patrulla francesa, sumergida en profunda meditacion á la luz de la luna, y en la plaza del Pueblo los leones egipcios acurrucados en la base de un obelisco y apretando en sus dientes los tubos por los cuales brota el agua de los acueductos.

DOUCET.
(J. R.)

M. LIOUVILLE.

Félix Liouville, nacido en Lille el 31 de diciembre de 1803, comenzó sus estudios en el colegio de Toul y los concluyó en el liceo de Nancy, en donde, despues de brillantes triunfos, obtuvo el premio de honor de filosofía. Su padre, capitán retirado, habia depuesto su espada en 1815; queria que sus hijos fueran hombres de corazon y buenos ciudadanos: logró con usura sus esperanzas. El mas jóven es un sabio matemático, individuo ilustre del Instituto, cuyo nombre honra á la Francia; aquel cuya pérdida deploramos hoy ha logrado, por el brillo de su talento, uno de los primeros puestos en el foro, y por la firmeza de su carácter y la constancia de sus opiniones liberales, cuéntase entre los mejores y mas eminentes ciudadanos.

La inauguración de su carrera en el foro fué brillante; revelóse reemplazando á M. Dupin el mayor, y, desde aquel día, caminó de triunfo en triunfo. Fué durante treinta años el jurisconsulto mas ocupado de París, litigando en los procesos mas graves, mas difíciles y mas importantes.

Liouville entró en el consejo de la orden en 1841 y fué nombrado decano en 1856, en reemplazo de M. Bethmont.

En las últimas elecciones, obtuvo en la tercera

circunscripción de París, gran número de votos, homenaje brillante hecho á sus virtudes cívicas.

MAXIME VAUVERT.
(J. R.)

APERTURA DEL PARLAMENTO ITALIANO EN TURIN.

Turin ha comprendido toda la importancia de la gran solemnidad verificada el 2 de abril. Ese día habia sido fijado para la apertura del Parlamento italiano.

La *Piazza Castello*, situada en el mas hermoso barrio, y en la cual se eleva el *Palacio Real*, el gran Teatro, el palacio de Madama, en donde tienen sesiones el Senado, la *Piazza Carignano*, en donde se halla construido el palacio Carignan, que sirve hoy de *Cámara de Diputados*, se hallaban ambas adornadas de arcos de triunfo, de gallardetes y de banderas con los colores italianos. Los habitantes de Turin, y las de las ciudades vecinas se estrechaban en las anchas y rectilíneas calles que conducen á la plaza de Carignan. Se hubiera podido creer que toda la Italia queria asistir á esta fiesta nacional.

Despues de la sesión de apertura, Víctor Manuel se presentó en el balcon del palacio, siendo saludado por los entusiastas gritos y los aplausos que han durado nada menos de una hora.

La guardia nacional, que se ha hecho notar por el número y el buen talante de sus soldados, desfiló delante de S. M. repitiendo las aclamaciones del pueblo.

Este momento es el que el artista ha elegido para dibujar la animación patriótica de la plaza Carignan, y ese dibujo tan bien comprendido es el que reproduce nuestro grabado.

MAXIMO VAUVERT.
(J. R.)

Paris. — Imp. de la Librairie-Nouvelle. A. Bourdilliat, 15, rue Breda.



M. Liouville, antiguo gefe del colegio de abogados.

pecados, sin que la alegría de la vispera haya dejado una sola mancha sobre su conciencia.

Si se pasa por el Corso á la una de la mañana, no se verá ya delante del palacio Doria mas que un agente de policía embozado en su capa y al